

A still life photograph of a cup of coffee. The cup is filled with a frothy beverage and sits on a saucer. A cinnamon stick is tucked behind the cup. To the left, there is a piece of crumpled, light-colored paper. The background is dark and out of focus, with some bokeh lights. The overall mood is warm and cozy.

*L a s  
c a r t a s d e l  
c o r s o*

*Catherine Clare*

# **LAS CARTAS DEL CORSO**

Catherine Clare

Título: Las Cartas del Corso

2019, Catherine Clare

1ª Edición

Todos los derechos reservados

## ÍNDICE

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

*A mis abuelos, que me regalaron una máquina de escribir en la era de los ordenadores. Nunca podré agradecerse lo suficiente. A mis padres, que me hicieron ser quien soy. Y por supuesto, a ti, Óscar, que siempre, siempre, estás a mi lado.*

## CAPÍTULO UNO

Los hermanos observaron en silencio cómo echaban la última palada de tierra sobre el ataúd de su padre. Se les veía afligidos, pero ninguno de ellos lloraba. La gente que había acudido al entierro, hacía rato que se había ido. Habían cumplido con su obligación, pero tampoco ellos habían llegado a querer al viejo. La muchacha aceptó la mano que en silencio le ofrecía su hermano mayor y se dejó guiar hasta el carruaje. Llevaba un vestido negro demasiado oscuro para alguien tan joven y lleno de vida, pero no le preocupaba, porque no iba a vestir de negro más de lo estrictamente necesario. Su peinado estaba recogido en un riguroso moño que le hacía parecer mayor de lo que era, pero ni el vestido ni el peinado podían esconder su esbelta figura y su juventud. Una vez dentro, Liz giró la cabeza evitando la mirada preocupada de su hermano, sentado en el asiento de enfrente del estrecho carruaje. Si su padre hubiera hecho lo que debía presentándola en sociedad, ahora no se encontraría en aquella situación, pensó el muchacho. Quería a su hermana, pero él era un espíritu libre y aventurero, ávido de conocimiento. No podía darle lo que necesitaba, por mucho que le hubiera gustado.

—Me quedaré unas semanas aquí. Aplazaré mis estudios en Harvard por un tiempo, pero sabes que no puedo quedarme más tiempo, Liz. —Alison apoyó la cabeza sobre el hombro de él y dejó que su calor la reconfortara. Siempre lo había querido. Había sido para ella como un padre y su autoridad era la única que había llegado a respetar. Amaba su oscura cabellera, siempre demasiado larga para los dictados de la moda y sus inteligentes ojos, cuya mirada a menudo se perdía en el horizonte, ajeno a las miradas de las doncellas y chicas del pueblo, que vanamente intentaban llamar su atención.

—Ya sabes que no es necesario. —La muchacha alzó la cabeza disgustada.

—Sí lo es, Liz. Te ayudaré a poner todo en orden y después me iré. —La muchacha asintió apenada, pues sabía que se había convertido en una pesada carga para su hermano.

Recorrieron el resto del camino hasta su mansión en total silencio, mecidos por el constante traqueteo del carruaje. Todo iba a ser distinto ahora y tendrían que adaptarse a la nueva situación. Mark se convertiría en el nuevo dueño y señor de Sutherton, con todo lo que aquello suponía y ella tendría que buscar marido y abandonar su hogar si alguna vez su hermano se casaba.

Alison conocía bien aquellas tierras llenas de verdes pastos y grandes rebaños de ovejas. Conocía los pedregosos caminos por los que cabalgaba, los numerosos pajarillos que se cobijaban en los árboles de los bosques cercanos y todas y cada una de las casas que se asentaban en las tierras de su padre. Aquel era su hogar y lo amaba. Era el lugar donde había establecido su residencia definitiva después de la prohibición de su padre de ir a Londres, donde él residía habitualmente.

Pero a ella ya no le importaba. Quizás al principio sí le importó, y mucho, que su padre no la llevara a Londres, pero con el tiempo había aprendido que no se debía desear lo que no podía ocurrir. Todas las muchachas que conocía habían querido asistir a Londres, a bailar y divertirse, a exhibir su belleza, cargadas de innumerables vestidos y joyas que habían costado una fortuna. Ella también lo había deseado, pero el tiempo había ido pasando y de todas aquellas muchachas, la única que no había acudido a pasar la temporada a Londres había sido ella. Y no había sido porque su padre no hubiera podido permitirselo, ni porque ella no se lo hubiera pedido miles de veces. Simplemente no había ocurrido. A pesar de todo, se recordó, en Sutherton era feliz.

La muchacha se despojó de su capa, guantes y sombrero conforme se acercaba al despacho de su padre y se dejó caer en el sofá, que estaba situado frente a la enorme chimenea de mármol verde. Un acogedor fuego caldeaba la estancia y estiró los brazos para entrar en calor.

—¿Qué tal estamos de dinero? —Alison se preguntó si podría seguir teniendo sus pequeños caprichos.

—Mejor que nunca. —Mark se sentó cerca de su hermana. —He hablado con el administrador y me ha preguntado si tu asignación semanal será la misma. Le he contestado que sí, ¿te parece bien?

—Sí, pero no me fío de él. Nunca me ha parecido honesto. Si no le estafaba a padre era por el temor que sentía hacia él, pero ahora que ya no está...

—No te preocupes. Mientras esté aquí revisaré los libros de cuentas y dejaré todo saldado, pero deberás vigilar las cuentas en mi ausencia. —Alison abrazó a su hermano, que medía unos cuantos centímetros más que ella y apoyó su cabeza contra su pecho.

—Mark, no sé qué haría sin ti. Has sido siempre tan bueno conmigo... —El muchacho se apartó un poco y miró a su hermana sin saber qué contestar. Tenía mucho que hacer antes de irse y tenía que asegurar el bienestar de su hermana en su ausencia. Llevar Sutherton desde la distancia no sería difícil, pero asegurar el bienestar de su hermana iba a ser algo completamente distinto.

—Bueno, ¿es hora de cenar?, quiero madrugar mañana. —Alison sonrió. No conocía a nadie que comiera tanto como su hermano. Le encantaba comer y además le gustaba la buena comida, aunque no se apreciara en su envidiable físico.

—Sí. Vayamos al comedor. Diré a Anna que sirva la cena.

Mark la observó salir preocupado. Todo habría sido más fácil si ella hubiera encontrado marido. ¿Cómo iba a dejarla sola y desamparada? Tenía que encontrarle un marido ya, pero para eso no le quedaba más remedio que acompañarla a frívolos eventos sociales donde pudiera conocer a algún hombre que mereciera convertirse en su esposo. Había estado tan apartada del resto del mundo que le sorprendía que supiera la diferencia entre los dos sexos. Maldita fuera. Tenía mucho que hacer y muy poco tiempo para prepararlo todo.

Ignoraba cómo iba a reaccionar su hermana cuando le comunicara su intención de casarla lo antes posible ya que Alison adoraba su libertad, pero sin duda sabía que su situación había cambiado ahora que la sombra de su padre no volaba sobre ella. Además de su fortuna, su espectacular belleza y su elevada educación le traerían problemas si no encontraba un marido pronto. Mark suspiró. Aquel era su deber, pero no dejaba de ser un deber ingrato para alguien que no deseaba casarse. Hacía muchos años que había decidido dedicar su vida única y exclusivamente al estudio, pero tan solo su hermana conocía aquella decisión.

Se levantó y con los hombros hundidos, bajó las escaleras para encontrarse con la persona que más quería en el mundo. La espesa alfombra azul turquesa de las escaleras amortiguó el sonido de sus pasos.

El comedor que usaban era un pequeño salón rectangular con las paredes empapeladas en color verde oscuro y el suelo cubierto de una brillante tarima oscura. Era acogedor. Cuando llegaron, el pulcro mantel estaba preparado y los platos de porcelana descansaban sobre él. En medio de la larga mesa de madera se erguían un par de pesados candelabros de plata.

—Ya está todo preparado. Siéntate. No sabes cuánto me alegro de que te vayas a quedar unos días. Te he echado tanto de menos... La señora Smith ha tenido un hijo y al señor Tomson se le ha muerto la vaca. Mary dice que es porque es tan tacaño que no le daba de comer. —Alison se sentó a la mesa sonriendo. Mark, sentado a la cabecera, la escuchaba ensimismado.

Observó la espectacular belleza de su hermana y no pudo evitar preguntarse en qué preciso

momento había dejado de ser una encantadora niña para convertirse en una mujer con una figura escultural y una sonrisa que cortaba el aliento. Su cintura de avispa y su estatura media le daban un aspecto refinado que contrastaba con su abundante pecho. A pesar de su constitución y palidez no se trataba de una mujer débil, sino todo lo contrario. Se reponía a las desgracias con rapidez y su alegría innata dotaba a sus ojos de un brillo especial.

—Cómo te he echado de menos, pequeña —Mark se dio cuenta de que sus palabras eran ciertas. Ella conseguía hacerle sentir más joven y vivo. Reía mucho más cuando se encontraba cerca de ella y se encontraba haciendo todo tipo de cosas estúpidas para hacerla feliz.

Cenaron disfrutando del menú y de la conversación. Hablar con Alison era una experiencia agradable y refrescante y Mark rió con los comentarios de su hermana. Después de un rato, la conversación se volvió más seria y se miraron apenados por la muerte de un padre que apenas conocían, intentando encontrar el motivo de que se hubiera separado de ellos.

—Es una pena que nos arrancara de su vida de esta manera. Ni siquiera nos dio la oportunidad de que le gustáramos, aunque por lo menos a ti no te dejó solo y abandonado en una casa que él nunca visitaba. Ni siquiera se dignó a presentarme en sociedad a pesar de tener título y dinero. — Alison bajó la cabeza seria y un par de mechones de cabello largo y negro cayó a ambos lados de su cara, acentuando su palidez. Poniendo cara de fastidio, pasó una de sus finas y elegantes manos por su rostro.

Mark la miró y decidió que era el momento de contarle lo que había estado pensando durante todo el día. Dejó la blanca servilleta con cuidado sobre la mesa y se levantó, considerando que ya habían comido suficiente.

—Cariño, vamos a pasear. Deseo hablarte de algo. —Alison se levantó de la silla de terciopelo negro y siguió a su hermano al exterior después de abrigarse con un grueso chal de lana. En el exterior, la grava blanca anunciaba cada uno de sus pasos y el frío aire llenaba sus pulmones con olor a verde y humedad. Alison aspiró ese aire que tanto amaba.

—¿Qué pasa, Mark?

—Alison, sabes que te paso siete años. Debería estar casado ya, pero conoces de antemano mi opinión al respecto. El hecho de poseer dinero nos ha dado cierta libertad, sobre todo a ti, y el tener un padre tan irresponsable ha contribuido a este hecho, pero, lo que quiero decir... A ver cómo lo digo... Maldita sea. —Alison miró a su hermano. Su altura y su cuerpo musculoso le hacían un hombre atractivo, pero las gafas que llevaba continuamente escondían su belleza. Puso su mano en el brazo de él antes de hablar.

—Lo haré.

—¿Qué? —la miró sorprendido y aliviado.

—Lo haré. Hace tiempo que pensaba sacarte el tema. Sí, no me mires con esa cara. Pero no me casaré con quien lo desee. Te irás a Harvard y tendrás paciencia hasta que encuentre al hombre apropiado y si no lo encuentro, seguiré como hasta ahora. ¿De acuerdo? —Mark le sonrió. Había temido tanto aquel momento, pensando en diferentes explicaciones para convencerla de que debía casarse, que no se le había ocurrido ni tan siquiera durante un instante que ella pudiera haber llegado por su cuenta a la misma conclusión que él. Aquello le facilitaba mucho las cosas.

—Por supuesto, tengo algunos amigos que nos invitarán a sus bailes. Vayamos a casa. Debo escribir unas cuantas cartas. La temporada de Londres ya ha empezado, así que debemos darnos prisa.

Alison acompañó a su hermano al interior de la casa, agarrada de su brazo. Nunca lo había visto tan emocionado. Estaba feliz y su sonrisa calentaba el corazón de ella disipando las dudas que pudiera haber albergado.



Dejó a su hermano en la biblioteca y subió hasta su cuarto para cambiarse de ropa. Se pondría el traje de montar y daría un paseo con su yegua preferida. ¿Cómo podía sentirse tan feliz el día del funeral de su padre? Sin duda era una persona horrible, pero era cierto que se encontraba feliz. Por fin iba a ir a Londres. Por fin acudiría a bailes, al teatro, pasearía por Hyde Park y compraría un montón de vestidos nuevos. Se sentía como una adolescente a punto de acudir a su presentación en sociedad.

Salió al frío aire del atardecer y sonrió emocionada por lo que deparaba el futuro. Cogió su yegua y montó sobre ella con la agilidad y confianza que tan sólo daban los años. Iba a echarla de menos mientras estuviera en Londres, pero Sky no estaría a gusto en la ciudad, decidió. Cabalgó dejando que el aire fresco le golpeará en la cara, saboreando la libertad que tanto amaba, mientras el viento levantaba sus faldas y dejaba sus piernas al aire. Las mujeres de la alta sociedad estarían horrorizadas si la vieran cabalgar de ese modo. Sin embargo, ella se sabía afortunada. El abandono de su padre había hecho que su hermano la guiara desde que era muy pequeña. Un hombre nunca podía descuidar a un hijo varón, pero una hija era otra cosa muy distinta. De esta manera, montaba a horcajadas como su hermano, leía los libros que él le recomendaba, ya fuera en latín, francés o griego y podía llevar las cuentas de la casa con precisión de contable. Algo inaudito para una mujer, pero afortunadamente Mark siempre tuvo claro que quería que su hermana lo acompañara en aquellas interminables mañanas de estudio, bajo las órdenes de un tutor exigente, pero comprensivo. Pensaba en Alison como en un potrillo salvaje, con un gran potencial, pero sin guía ni autoridad que le enseñara qué era lo que debía hacer.

Al principio había tenido problemas para que la aceptaran en las clases, pero Mark había insistido e insistido hasta que su tutor no tuvo más remedio que aceptar a la niña. Cuando Mark, ya mayor, se marchó a Harvard para continuar con sus estudios, contrató a una institutriz para que enseñara a su hermana a hacer las cosas que hacían las damas y ella había finalmente había aceptado, después de una reunión de tres horas en la que la lógica de su hermano había vencido la tozudez de ella.

Abandonando con nostalgia aquellos pensamientos, se concentró únicamente en el camino que tenía por delante, en la forma de esquivar los árboles y en las piedras que debía evitar. De repente, las nubes se unieron ennegreciendo el cielo y los pájaros callaron creando un amenazador silencio que anunciaba una terrible tormenta. Había estado fuera demasiado tiempo y su hermano pronto empezaría a preocuparse. La joven miró a su alrededor y presintiendo problemas, dio la vuelta y cabalgó hasta casa.

Cuando llegó se encontraba helada y fue corriendo hacia el acogedor fuego que siempre albergaba el hogar del despacho de su hermano. Entró como una tromba, sin llamar, frotándose las manos congeladas y preguntándose si no le tendrían que amputar alguna falange por congelación. De repente frenó en seco.

Su hermano se encontraba sentado frente a la chimenea, junto a un antiguo tutor suyo. Los dos se hablaban con confianza y cariño. Mark la miró y bajó arrepentido la cabeza, lo que hizo que Alison se sintiera confusa. ¿Acaso era aquel viejo amigo una visita indeseada? ¿Y, qué le habría contado? Intentando reponerse a su confusión, se acercó a saludar a su invitado, un hombre de mediana edad que había mantenido siempre un estrecho contacto con su hermano y se sentó con elegancia sobre una butaca de exquisito cuero negro.

—Señorita, he venido a hablar con su hermano sobre algo muy importante. —Alison miró a Mark y vio que le brillaban los ojos de emoción. —Ha sido el resultado de unas conferencias que se han estado llevando a cabo en Oxford sobre ciertos temas clásicos, —el hombre carraspeó sintiéndose nervioso. Tenía que conseguir que aquella muchacha animara a su hermano a seguir su

propio camino y por lo visto era el peor momento posible—. Sé que usted misma podría haber acudido, pero como bien sabe...

—Sí, lo sé —dijo fastidiada—. No se admiten mujeres.

—Así es, pero he venido a pedirle a su hermano que venga conmigo y con algunos colegas más a estudiar el comportamiento de las aves en distintos lugares del mundo. Es un proyecto que llevamos años preparando y creemos que ahora contamos con lo necesario para realizarlo. Es probable que si no lo realizamos ahora, no podamos hacerlo ya. —Alison entendió la importancia de su hermano en aquel proyecto y se levantó entusiasmada.

—¡Oh, Mark! ¿No es maravilloso? —el joven alisó una arruga imaginaria en su pantalón, evitando la mirada inocente de su hermana.

—Yo... Liz, será por mucho tiempo. —La muchacha miró a su hermano y perdió la sonrisa al comprender la situación. Volvió a sentarse en la butaca lentamente, asimilando la información.

—¿Cuándo os vais?

—A mediados del mes que viene.

—Oh... —Alison intentó recuperar la sonrisa para que Mark no se sintiera mal, pero no fue capaz. Aquello suponía un mazazo para ella y para sus planes de ir a Londres. Luchó por controlar sus lágrimas, pero Mark la conocía demasiado bien. Bueno, no importa. Podemos aprovechar este mes y medio que tenemos para hacer acto de presencia en sociedad y después podrás irte si quieres.

—Alison, debo ocuparme de ti y estaré meses fuera. Quizá incluso años.

—No eres responsable de mí. Ya soy mayor y sé cuánto deseas realizar este viaje. No quiero... —intentó no llorar —sacrificar tu vida y tu felicidad a costa de la mía. —Mark se levantó y abrazó a su hermana dejando que ésta llorara en su hombro. El muchacho levantó la vista y la posó pensativo sobre las ascuas que ardían en la chimenea. Era una decisión difícil. Por un lado el deber y la obligación y por otro lado la emoción y la excitación por lo desconocido.

—No sé qué hacer. Siempre he soñado con hacer algo así, pero nunca pensé que la oportunidad me llegaría en un momento tan inoportuno. —Mark agachó la cabeza y pisó con rabia la roja alfombra persa de su padre.

—Ve, Mark, si eso es lo que deseas. —El joven la miró a la cara y después de unos segundos, asintió.

—Dejaré todo zanjado antes de irme. Hablaré con varios amigos míos... te traeré un regalo muy bonito.

—Eso espero. —Alison intentó que su voz sonara firme.

—Y ahora, debo hablar con el señor Hopkins sobre unas cuantas cosas en la biblioteca.

Mark se levantó anduvo con el hombre hasta la puerta, pero una vez allí, se detuvo.

—Gracias, Liz, eres la mejor.

—Y tú eres mi hermano y te quiero. —Mark la envolvió en un fuerte abrazo.

—Y yo a ti.

—Ha tomado una buena decisión, señorita. Su bondad la honra. —El hombre miró a la muchacha con unos ojos brillantes que entendían demasiado antes de seguir a su amigo.

Alison observó cómo se cerraba la puerta dejándola sola. Allí, oculta por los macizos muros de piedra descargó todo su dolor en forma de lágrimas brillantes, con cuidado de que no se le oyera en el exterior. Siempre tenía que sacrificarse ella para que los demás fueran felices. ¿Por qué demonios era así? Pero sabía que era lo correcto. Era lo que su hermano deseaba y lo quería demasiado como para evitar que realizara su sueño.

Estuvo horas en aquel despacho, abrumada de repente por el fallecimiento de su padre y la

inminente marcha de su hermano. Después de esperar inútilmente el regreso de Mark, se fue a acostar.

El hombre la despertó temprano. Se le veía feliz y excitado, pero se veía que no había dormido mucho por las manchas grises que llevaba bajo sus ojos y en las profundas arrugas de su ropa. La misma ropa que había llevado el día anterior.

—Ya he arreglado todo. Ahora sólo nos queda esperar. ¿Bajas a desayunar?

—Sí, ahora voy. —Alison se levantó y se puso una preciosa bata de seda blanca y encaje sobre su recatado camisón. Mark la miró desde el quicio de la puerta y se subió las gafas con un gesto instintivo.

—Tengo un par de reuniones esta tarde. ¿Por qué no pones en orden ese armario y buscas vestidos que te sirvan para ir a Londres?

—¿Vamos a ir de todas las formas? —Alison volvió a sonreír entusiasmada. —Creía que no íbamos a poder ir. Bien, entonces tengo que ir preparando las cosas, pero Mark... creo que no tengo ningún vestido adecuado. Supongo que tendrá que ser un vestido elegante y...

Mark rió y la dejó en su dormitorio haciendo planes. Por lo menos le había dado algo con lo que entretener la mente. Cuando Alison bajó a desayunar, se sentía emocionada. Iba a ir a Londres. ¡A Londres! Siempre había deseado salir de aquella casa y ver mundo. Recorrer los sitios sobre los que leía en sus libros, conocer otras personas, ir al teatro... Eso fue cuando era más joven. Recordó sin querer el día en el que su hermano la había llevado a la casa de su padre para que se entretuviera un poco. Londres no se encontraba demasiado lejos de Sutherton y tenían mucho tiempo para ir de compras, tomar el té, acudir al teatro y pasear por Hyde Park. Pero aquello nunca había ocurrido. Su padre los había mirado fijamente, sentado detrás de una oscura mesa de madera de palo santo y con voz muy baja, les había preguntado qué demonios hacían allí. Su hermano le había dicho que Alison nunca había estado en Londres y que ya era hora de que lo conociera. Tenía quince años y era la única muchacha de buena cuna que no pasaba la temporada divirtiéndose en la gran ciudad. Pero cuando su padre se levantó de la silla y golpeó a su hermano, ninguno de los dos supo reaccionar. Mark se agachó para no recibir otra bofetada y Alison se había agarrado a él encogida y temblorosa.

—¡Nunca la vuelvas a traer aquí! ¡Y no vengas tú a menos que sea estrictamente necesario! ¿Ha quedado claro?

Alison nunca había visto a su padre tan enfadado. Nunca le había gritado. Hasta aquel momento tan sólo la había ignorado. Apenas la había visto un par de veces aquel año y una de ellas ni siquiera le había dirigido la palabra. De pequeña había preguntado a su hermano en innumerables ocasiones el motivo de su resentimiento hacia ella, pero nadie lo sabía. Hicieron el camino de vuelta a Sutherton en silencio. Alison observando cómo se hinchaba la mejilla de su hermano y Mark odiando a su padre un poco más. Ahora iba a conocer la gran ciudad y apenas podía contener su alegría.

La mañana pasó rápidamente, cada uno entregado a sus propios proyectos. Cuando Alison se disponía a bajar al comedor para comer, recibió un mensaje.

—¡Oh, dios mío, hemos recibido una invitación para acudir al baile de la señora Harrison! — Alison bajó corriendo las escaleras hacia el despacho, donde su hermano luchaba con mapas y compases. Él levantó su oscura cabeza y sonrió.

—Ya te lo dije. Tendremos docenas de invitaciones. ¿Cuándo es el baile?

—Mañana por la noche y no tengo ningún vestido apropiado.

—Muy bien, —dijo el hombre levantándose y depositando el compás que sostenía en su mano encima de la mesa. —Vayamos de compras.

—¿Vas a venir conmigo? —Alison levantó sus grandes y expresivos ojos, sorprendida.

—Por supuesto. Iremos de compras a Londres.

—¡Pero odias ir de compras!

—Lo sé, pero si es necesario... Además ésta es una ocasión especial. Será mejor que nos traslademos a la casa de Londres. Todos los bailes son allí y hay que aprovechar estos días, porque en cuanto empieza el buen tiempo todo el mundo se irá al campo. —Alison se puso seria al escuchar las palabras de su hermano. No se le había ocurrido que si quería acudir a los bailes londinenses iba a tener que alojarse en la casa en la que había vivido su padre y cuyo acceso ella siempre había tenido prohibido.

—Mark... no sé si quiero ir a... —El muchacho se giró y la sujetó suavemente por la barbilla.

—Padre ya no está allí, Alison y si permanecemos en Londres podré pasar más tiempo contigo. Al fin y al cabo, yo partiré desde allí y no desde Sutherton.

—Vale, vale, prepararé los baúles. —La muchacha subió corriendo las escaleras hasta su cuarto y con ayuda de su criada Anna empezó a sacar vestidos, enaguas, sombreros y...

—Cariño, no metas libros —dijo Mark divertido viéndola coger el tomo de La Odisea desde la puerta entreabierta—. Hay muchos en la casa.

—¿De verdad? Muy bien, entonces.

La muchacha dejó el libro en la estantería blanca y observó divertida el caos en el que estaba sumida su luminosa habitación. Todos los muebles eran blancos con adornos dorados. Eran muebles que le habían costado a su padre una pequeña fortuna, pero él nunca había dicho nada al respecto. Por la ventana entraban los rayos del sol aportando luminosidad a una estancia repleta de colorido. Los vestidos verdes turquesa, granate y azul cobalto competían con las blancas enaguas y medias por un sitio encima de la espaciosa cama. A pesar de lo que le gustaban aquellos vestidos, Alison debía llevar el único que tenía de color negro. Suspiró con resignación. El negro, se dijo, también podía ser elegante y quizás algún día pudiera llevar algún otro con un poco más de color. Su criada Anna la miró y rió ante el caos que tenía delante. Seguramente le iba a costar un día entero ordenarlo después, pero no le importaba. Por fin su señora iba a salir de Sutherton, donde había estado recluida toda su joven vida. Anna abrazó a Alison con lágrimas en los ojos. Eran más que señora y criada. Eran amigas.

Mark preparó todo antes que Alison y la esperó impaciente, mientras doblaba los mapas que iba a llevarse en la expedición. Habían pasado ya un par de horas y se preguntaba por qué tardaba tanto. Por fin, incapaz de esperar durante más tiempo, subió a su cuarto y se rió cuando vio cinco baúles a punto de explotar.

—El coche está preparado. Debemos irnos ya si queremos llegar antes de la hora de cenar.

## CAPÍTULO DOS

Alison y Mark entraron en el coche y partieron hacia Londres. Alison estaba emocionada, pero también preocupada con la perspectiva de buscar un marido. Se recordó que nadie le obligaría a casarse en contra de su voluntad, pero aquel pensamiento no placaba sus nervios.

El coche paró frente a la puerta de la casa. La calle la formaba una hilera de casas iguales, con sus pequeñas fachadas llenas de ventanas y balcones que daban al exterior. Eran casas que tenían un tejado corrido lleno de chimeneas que despedían un oscuro humo. A Alison no le gustaba mucho.

Llegaron a Londres a la hora de la cena y todo estaba ya preparado para recibirles. Saludaron a los criados, que les dieron el pésame y dejaron que se ocuparan de su equipaje mientras ellos se sentaban para disfrutar de una succulenta cena. Justo a la entrada, sobre una bandeja de plata, se encontraban las invitaciones que habían recibido y Alison manifestó su sorpresa de que hubiera tantas, pues tan sólo habían comunicado su intención de ir a Londres el día anterior.

—Esto es Londres, cariño. La ciudad más avanzada del mundo. Mañana iremos de compras. Creo que me voy a acostar pronto. Apenas he dormido estos días.

—¿Mañana? Pero el baile es mañana.

—Sí, pero no te preocupes. Si no consigues un vestido para mañana por la noche, iremos cuando lo tengas. Dame las invitaciones que voy a seleccionar unas cuantas. Hay demasiadas, Alison.

—¿Has ido tú a muchos bailes? —la muchacha pasó un mechón de pelo negro como el azabache por detrás de sus orejas.

—No, pero créeme si te digo que son todos iguales.

Alison paseó por la casa, observando todas las habitaciones y hablando con todos los sirvientes, mientras Mark realizaba unas cuantas gestiones. La casa era pequeña y sobria. No tenía la luz que tenía Sutherton y carecía de adornos femeninos de ningún tipo. No era una casa desagradable, pero echó de menos su verdadero hogar.

Al día siguiente, los dos madrugaron y Mark pudo soportar un día entero de compras gracias a la ayuda de Alison. Estaba encantada con los colores y las telas de los vestidos. Le apasionaban los sombreros de terciopelo y se paraba en todos los zapateros para observar los distintos diseños. Sin embargo, cuando hubo encontrado el vestido que quería, volvió a casa suspirando por un poco de tranquilidad. Se sentó en el sofá y levantó sus pies doloridos. Nunca se había encontrado tan cansada. Cerró los ojos dejándose llevar por el silencio de la casa y se masajeó las sienes.

—¿Qué haces aquí? Venga, date prisa, tienes que prepararte —dijo Mark impaciente al verla sentarse.

Alison siempre había sabido que los bailes que tenían lugar en la gran ciudad eran especiales, pero lo que no sabía era que se debía a la cantidad de gente que acudía a ellos. Al principio le gustó todo aquello; los salones gigantescos atestados de gente bien vestida que bailaba y charlaba bajo cientos de velas, la música, la abundante comida y la atmósfera festiva. Pero Alison no pudo disfrutar mucho de todo aquello, ya que Mark no bailó con ella en toda la velada, y se limitó a presentarle posibles maridos, que eran quienes se encargaban de sacarla a bailar. Después de una sola hora, Alison ya había llegado a una importante conclusión. Le gustaba un hombre hasta que

hablaba con él. Por el contrario, los que le resultaban interesantes eran demasiado viejos o se encontraban ya casados. La gente le decepcionó en su mayoría. Las mujeres actuaban de manera vergonzosa y los caballeros empezaban a abandonar los buenos modales en cuanto bebían un par de copas, pero todos y cada uno de ellos le decían con sus ojos que era demasiado vieja para permanecer soltera y que si todavía no se había casado era por algún defecto importante. Deseó por un instante ser una de aquellas damas elegantes que bailaban despreocupadas en manos de sus pretendientes, incapaces de hablar de política o de temas serios, pero no podía. Todas ellas le parecían marionetas interpretando todo tipo de papeles para ocultar su verdadera naturaleza. Una mujer debía ser bella, con la piel pálida y el cerebro hueco, además de rica, si quería encontrar un buen marido. ¿Habría sido ella así si su padre no la hubiera abandonado? Le aterraba tan sólo pensar en ello. Pues bien, ella no era así y no fingiría ser lo que no era. En vez de eso intentaría pasarlo bien, olvidando el hecho de que estaba allí para encontrar marido.

Los días y los bailes fueron pasando y Alison se fue cansando de ellos. En todos había buena música y comida, pero las muchachas se reunían en corros imposibles para ella y los hombres la abrumaban con sus continuas atenciones. Nunca tenía tiempo para leer, que era lo que más le gustaba hacer y siempre estaba cansada porque apenas dormía. Mark se sentía incluso peor que ella, así que finalmente decidieron no acudir a más bailes para descansar un poco. Alison se prometió volver a Sutherland en cuanto pudiera. La música y los bailes estaban bien, pero lo que pasaba en Londres era una feria. Era más un mercado de ganado elegante que un sitio donde pasarlo bien, o al menos eso creía ella y no pudo evitar sentirse decepcionada con aquel mundo con el que había soñado tantas noches. Había sufrido tanto cuando su padre le dijo que no la iba a presentar en sociedad... Al principio no le había creído, puesto que una de las pocas cosas que sabía de él era que le gustaba respetar las normas sociales. Mas luego se dio cuenta de que no tenía ninguna intención de cumplir con aquella norma en concreto que lo obligaba a presentar a su hija en sociedad. Fue justo en aquel momento cuando dejó de llorar y suplicar por ello, pero no por ello dejó de sufrir. Su hermano intentó hablar con su padre del tema varias veces, pero si bien era cierto que no tenía buena relación con su hijo, también lo era que a ella no la soportaba en absoluto.

Era demasiado tarde para pedirle a su hermano que no se fuera. Ya se había marchado la noche anterior, feliz como un niño ignorante de los peligros que le iban a acechar. La perspectiva de una aventura de semejante envergadura hacía que le hirviera la sangre y nada ni nadie, ni siquiera ella, podía haberle hecho cambiar de opinión.

Alison sabía que su hermano no tenía miedo y que se enfrentaría a lo que fuera cuando llegara el momento, pero ella no podía evitar sentirse un poco asustada por él. Había pasado toda la noche despierta, hablando con él y convenciéndolo de que ella sabría cuidarse sola. Entendía que él quisiera realizar ese viaje y por lo tanto no tenía sentido hacerle sentir culpable por abandonarla; al fin y al cabo no se había casado para no tener que estar pendiente de una mujer. Si hubiera encontrado marido, su hermano habría partido más tranquilo, pero no había sido posible. Sonrió al recordar sus palabras: " Ah, querida. Eres demasiado lista para ellos".

Bueno, se dijo. No es lo mismo ser una solterona rica que una pobre y mientras tenga dinero viviré bien. Mark le había dicho que conocía al hombre perfecto para ella, pero desgraciadamente le sobraban las mujeres y le faltaba un poco de humildad. Se llamaba Alan, según creía recordar y era muy inteligente. De hecho, era un estudioso como él y habían estudiado juntos. Dominaba el latín y el griego, además del francés y del español. Ignoraba cómo había aprendido a dominar tantas lenguas, pero no dejaba de ser un hecho insólito, teniendo en cuenta su juventud. Mark le había escrito una carta para que les acompañara a algunos bailes, pero no había aparecido. Ni

siquiera había escrito y Alison supuso que era otro cobarde. Necesitaba dejar de pensar en hombres o se volvería loca, así que decidió hacer las últimas compras antes de abandonar aquella enorme ciudad.

Cuando volvió a casa, exhausta y llena de paquetes, se fue directa a la cama. Estaba oscureciendo y prometía ser una noche fría, así que corrió las cortinas y se arrebujó en las cálidas mantas. En cuanto cerró los ojos, cayó dormida.

Un par de horas más tarde, cuando casi todo el mundo dormía, llamaron a la puerta. Después de un largo rato, una de las sirvientas abrió la puerta y miró al hombre que esperaba en el exterior y le preguntaba a esas horas de su noche por su señora.

—Lo siento, señor. La señora no está en casa. —el hombre pareció molesto.

—Necesito hablar con ella. —la criada, disgustada por el irrespetuoso tono de voz, cerró el paso con su propio cuerpo. —Will, aquí hay un hombre...

—No hay necesidad de eso. Me voy ya, pero entréguele esta carta. —El hombre entregó a la criada una carta sucia y sin lacrar.

—Lo haré. —contestó la criada molesta.

A la mañana siguiente Alison se levantó después de un reparador sueño y preparó todo para volver a Sutherton. Quería volver a leer y a cabalgar, a disfrutar de los paseos bajo el sol y de la tranquilidad. Ahora que Mark no estaba no había nada que la retuviera en Londres. Se vistió y avisó a sus criadas de que se iba de vuelta a Sutherton. Cuando le preguntaron si Londres no había sido de su agrado, la muchacha tuvo que confesar que no demasiado. Cogió la carta que le habían entregado por la mañana y la guardó en un bolso antes de olvidarse totalmente de ella, mientras disfrutaba de un succulento desayuno a base de leche, pan y huevos con bacon. Para cuando terminó de desayunar tenía el coche de caballos preparado y todo su equipaje en él, así que se despidió cariñosamente del personal y montó en el coche feliz, deseando llegar cuanto antes a su verdadero hogar.

El invierno estaba llegando a su fin y permitía que unos pocos y osados rayos de sol alegraran el día, pero las carreteras estaban llenas de lodo y el tiempo todavía era muy frío. Se ajustó la manta y procuró mantener el equilibrio en el carruaje, que en aquel momento pasaba por un tramo especialmente pedregoso. De repente, el hombre más apuesto que había visto nunca apareció galopando justo a su lado. La miró a través del cristal de su ventana y lo golpeó.

—Alison, soy Alan. —La muchacha observó maravillada la destreza de aquel hombre con su caballo.

—¿Alan? —frunció el ceño intentando recordar dónde había oído aquel nombre.

—Soy el amigo de Mark, pero no es momento de presentaciones. Alguien os ha preparado una emboscada. —Alison se sintió sorprendida y se preguntó si debía confiar en él o no. —Saltad a mi caballo, vamos.

La muchacha lo miró dudando con sus bellos y expresivos ojos verdes cargados de temor. Abrió un poco la puerta del coche y sacó la cabeza ligeramente para verlo mejor, pero entonces los vio y cerró la puerta asustada. Detrás de él viajaban dos gigantes, uno moreno y el otro pelirrojo, que no inspiraban ninguna confianza.

—Señor, yo... —Se agarró con fuerza al marco de la puerta intentando mantener el equilibrio.

—Mark os quiere demasiado. No puedo dejaros morir, saltad.

La mujer siguió mirándolo indecisa. De repente, el gigante pelirrojo abrió la puerta y una mano la agarró del brazo y la sacó del coche aprovechando que se encontraba inclinada hacia fuera. Viéndose sobre el caballo, galopando a gran velocidad, se agarró a la cintura del hombre con fuerza mientras se internaban en el bosque que bordeaba la carretera. Alison se preguntó cómo

podía saber con seguridad si aquel hombre era quien decía ser o no y pronto obtuvo la solución. Se acercó a su oído y dijo en latín: "Te hemos echado de menos". Entonces, él se volvió y sonrió: " Lo siento, mi señora. No tenía ni idea de que os encontrarais en peligro. Intenté llegar antes de que se fuera vuestro hermano, pero no pudo ser", contestó en perfecto latín.

—Se fue anoche —dijo una voz dulce en griego.

—Y vos no habéis dormido nada —contestó el hombre también en griego.

Alison sonrió. Tenía delante al hombre más apuesto que había conocido nunca y encima era un sabio. Lo volvió a observar con detalle, para deleitarse la vista y saciar su curiosidad. El pelo negro y brillante, cortado a la moda destacaba sobre el cuello blanco de la fina camisa de lino. Sus rasgos eran perfectos y sus ojos del azul más claro que ella había visto nunca. Olía a limpio y el suave tacto de su ropa marcaba su musculoso cuerpo, lo que quería decir que le algún prestigioso sastre le hacía la ropa a medida. Cuando él le indicó con el dedo que callara, ella obedeció. Bajo la protección de los árboles observaron cómo unos cuantos hombres ordenaban parar el carruaje y preguntaban al cochero por la mujer. Cuando el hombre les miró perplejo y les aseguró que lo ignoraba, le dejaron seguir con su camino hacia Sutherton, pero se les veía furiosos. Una vez que los asaltantes hubieron desaparecido, Alan sacó su caballo al camino seguido de cerca por los dos gigantes, quienes todavía no habían abierto la boca. Después galoparon hacia una posada cercana.

—¿Por qué me buscan? —preguntó ya sentada en una esquina de la abarrotada taberna.

—No lo sé. No tengo ni idea. Seguramente no ha sido más que un simple robo. —Alison miró a los dos hombres que los acompañaban. Ninguno de ellos era tan apuesto ni tan simpático como Alan y deseó que no estuvieran allí. Se sentía intimidada con ellos tan cerca.

Tomó su jarra de cerveza y observó el lugar, sucio y lleno de hombres borrachos. Olía a cerveza rancia y apenas unas pocas velas iluminaban el interior. Nerviosa, se acomodó las faldas e irguió la espalda. Sabía que nadie la tocaría mientras estuviera con una compañía tan impresionante, pero eso no le hacía sentir mejor. Notaba las miradas de los hombres en su escote y en su cuello y los gritos le impedían oír a Alan.

—No me gusta este sitio —dijo seria —y todavía no es tarde, así que preferiría irme a casa. — Alan la miró y asintió.

—Si ese es vuestro deseo, mis hombres os acompañarán. —el hombre esbelto de cabello oscuro recogido en una pulcra coleta se levantó.

—¿Ellos? —Alison lo miró implorando con sus ojos verdes como el mar —Por favor, me gustaría...

—Tengo una reunión que no puedo aplazar. Cuando nos cruzamos con vos nos dirigíamos a Londres. Decidí pasar a ver qué tal os iban las cosas sin vuestro hermano.

—Yo... no los conozco a ellos —admitió avergonzada mientras señalaba a los dos guardaespaldas. El gigante pelirrojo y el moreno se miraron.

—Señora, —habló por fin el pelirrojo con voz suave —cuidaremos de vos. Alan debe volver a Londres cuanto antes.

—¿Es así? —preguntó insegura.

—Así es. —Su serio rostro no dejaba lugar a dudas. Estiró sus piernas embutidas en un pantalón de montar de exquisita calidad, pero no hizo mención de levantarse hasta que hubiera terminado su bebida.

Alison se levantó, acomodó las faldas de su vestido alrededor de ella y acomodó su chal sobre sus hombros. Después de despedirse de Alan sin mucha simpatía, salió de la taberna seguida por los dos gigantes. Esta vez montó con el gigante pelirrojo, pero no pudo relajarse y permaneció



tensa y erguida como una tabla. Cablgaron prácticamente en silencio durante horas y cuando llegaron a Sutherton era ya noche cerrada. Furiosa porque Alan no la hubiera acompañado, agradeció a los hombres su compañía y se retiró a su cuarto. Se sentía agotada y sorprendida de que hubieran intentado matarla. Se tumbó sobre su cama sin quitarse el vestido y observó el techo con la cabeza a punto de explotarle.

—Otra que ha caído en las redes de Casanova. —sentenció el gigante moreno mientras observaba la gran escalera por la que se había ido la mujer.

—Sí. Maldita sea, ¿es que no hay una mujer con sentido común en toda Inglaterra? —Thomas se retiró furioso un mechón de pelo rojo que le había caído delante de los ojos. Probablemente debía cortarse el pelo, pensó. O quizás sería mejor recogerlo en una coleta. Se encogió ligeramente de hombros. Sabía que no iba a hacer ninguna de las dos cosas.

—Es bonita, ¿verdad? —Thomas miró a su mayordomo sorprendido. Nunca emitía ese tipo de juicios sobre mujeres y sonrió. Se había sentado sobre una cómoda butaca de terciopelo, cerca de la chimenea. El estudio era una sala acogedora, con muebles sobrios y prácticos. De maderas nobles y oscuras, sin ornamentos exagerados. Muebles elegidos por hombres y para hombres. Pero a pesar de aquella sobriedad, el jarrón lleno de flores encima de la mesita de té y los cojines bordados sobre las butacas hacían la sala más femenina y acogedora. Eran aquellos detalles los que faltaban en su propio hogar, pensó con tristeza.

—Sí, es especial. Bonita y con carácter. Vámonos. Todavía tenemos que llegar nosotros a casa. —Albert levantó sus cansados huesos de la butaca y lo miró con sus negros ojos color azabache.

—Bonita, sí, pero poco juicio —dijo señalándose la cabeza con un dedo. Ambos rieron mientras salían de la casa.

La noche era fría y Thomas se cerró el abrigo reprimiendo un escalofrío. El aire olía a hierba y a humedad y tan sólo se escuchaba el viento moviendo las pocas hojas que aún quedaban en los árboles que rodeaban la casa y el jardín. Thomas cerró con cuidado la pequeña verja de hierro y echó un vistazo hacia atrás, más por hábito que por precaución.

## CAPÍTULO TRES

Era ya tarde cuando Alison escuchó el ruido. Abrió los ojos desorientada y miró a su alrededor. Había escuchado algo, estaba segura. Asustada, se levantó de la cama y tomó una vela. Mientras la encendía recordó una conversación que había tenido con su amiga, la reciente señora Rogers. "Deberías casarte para sentirte segura, querida" "¿Sólo para sentirme segura?" Había preguntado ella riendo. Entonces le había parecido algo estúpido, pero ahora... De repente notó su presencia y se giró. El hombre era alto y corpulento y llevaba una capa negra que le cubría de la cabeza a los pies. Su respiración era sonora y agitaba el pañuelo que cubría la mayor parte de su rostro. Todo él olía a whisky y a sudor. Cuando por fin logró reaccionar, una mano enguantada le tapó la boca con fuerza haciéndole daño. ¿Quién sería aquel hombre y qué querría? Consciente de que todavía sería peor si no conseguía escapar, se volvió con fuerza y empujó a su atacante, que sorprendido, la soltó.

Alison no perdió tiempo y gritó pidiendo ayuda mientras corría hacia la puerta, pero antes de llegar, sintió algo frío cortando su brazo y una punzada de dolor recorrió su cuerpo. Cuando se volvió para enfrentarse al causante de aquel dolor pudo ver al hombre sujetando un enorme saco. Sus ojos negros le sonreían y podía imaginarse sus labios curvados por debajo del pañuelo. Con una rapidez inaudita, Alison se acercó a la pared y le tiró el candelabro a la cabeza. Aprovechando el intento del hombre de protegerse, abrió la puerta y bajó las escaleras pidiendo ayuda a voces. El hombre la seguía de cerca, jurando en voz alta y Alison sentía su respiración rápida y dolorosa al pasar por su garganta. Corrió a la cocina y cogió un cuchillo. Después, se ocultó detrás de la puerta. Estaba aterrorizada, pero no permitiría que el hombre pensara que había sido una presa fácil. Cuando la puerta se abrió, Alison esperó a que el hombre entrara y después le clavó el cuchillo en la espalda. Supo que no había sido una gran herida porque no lo había hecho con suficiente fuerza, pero lo cierto era que no había sido tan fácil como parecía. Apenas un segundo más tarde, la puerta se abrió y aparecieron varios sirvientes adormilados que no pudieron detener al extraño cuando huyó. Antes de que pudieran reaccionar, el hombre ya había desaparecido. En un segundo, la cocina estaba llena de velas y de voces, todas hablando a la vez, preguntando qué había pasado a la pálida mujer. De repente, se hizo el silencio y todos se volvieron para dejar paso a dos hombres que acababan de llegar. Tanto su actitud amenazante como su gran tamaño, provocaron que los criados se replegaran atemorizados.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Alison al hombre mal vestido, despeinado y sudoroso que tenía en la cocina.

—El muchacho que ayuda al jardinero nos avisó cuando oyó vuestros gritos. —Alison fue a asentir, pero sintió un mareo.

—¡Estáis herida! —exclamó el hombre viendo el reguero de sangre en el suelo.

—Está bien, váyanse a la cama. Mañana se arreglará todo.

Thomas cogió a Alison en brazos y preguntó a una doncella dónde quedaba la habitación de la señora mientras Albert, aprovechándose de su tamaño, agradecía a todos los sirvientes los comentarios que no cesaban de llegar y los empujaba sin contemplación hacia sus habitaciones.

—¿Llamo al médico? —preguntó Albert entrando en la habitación. Abrió mucho los ojos al percibir la belleza y pureza de aquel dormitorio blanco y rosa. Era la primera vez que veía algo así. Aquellos muebles debían de haber costado una fortuna.

—No. Creo que podrás curarle la herida. Es un corte profundo. —Albert dejó de observar las pareces y miró la herida.

—Sangra mucho —dijo preocupado.

Thomas dejó a la mujer en la cama y le cortó una de las mangas del camisón. Tenía una gran herida abierta cerca del hombro, pero si no se infectaba sanaría pronto. Ahora había que limpiarla y curarla y para eso no había nadie mejor que su propio mayordomo. Miró a la mujer y la palidez de su rostro evitó que la bombardeara con todas las preguntas que se agolpaban en su mente. Parecía tan cansada y tan frágil... Con aquel camisón de lino casi transparente parecía virginal y Thomas pudo disfrutar de la blancura y delicadeza de su piel. Cuando la vio enrojecer, se levantó de la cama y se paseó preocupado por la habitación, pero no tardó en volver a sentarse cerca de ella. Maldita fuera, se había descuidado y algo realmente grave podía haberle pasado. Albert tardó lo que a Thomas le pareció una eternidad, pero por fin apareció con todo lo que había ido a buscar.

—Gracias por venir a los dos —hizo un gesto de dolor mientras Albert movía el brazo para ver mejor la herida.

El gigante pelirrojo asintió y se levantó para pensar con claridad, pero la mujer lo retuvo de repente con la otra mano pensando que la iba a abandonar. Se encontraba asustada y no podía dejar de temblar, pero lo peor era que las lágrimas se agolpaban en sus ojos y su voz se había vuelto ronca. Thomas la miró preocupado y pasó una colcha de gran colorido por su cuerpo, pero parecía saber perfectamente que aquello no serviría para nada. Albert era consciente de las miradas y del nerviosismo que reinaba en el ambiente y sonrió mientras intentaba limpiarle bien la herida. La muchacha apartó la vista del mayordomo y la posó en su amo. Vio su cara seria y siguió su mirada preocupada hasta unos trapos manchados de sangre que había amontonados sobre el suelo. Ignoraba cuál era el aspecto de su herida, pero debía de ser horrible para sangrar tanto. Dejando escapar un sollozo, bebió del líquido ambarino que le ofrecían antes de sentir un dolor agudo atravesándole el brazo. Agarró al hombre con su brazo bueno, e intentó decirle que parara, pero era incapaz de hablar. Dudaba incluso de poder tartamudear siquiera y miró a los hombres un poco desorientada. Si Mark hubiera estado con ella se habría echado a llorar desconsoladamente, pero delante de extraños... Tenía que pensar en lo que había ocurrido. Aquel hombre la había herido y podía haberle hecho algo más. ¿Qué iba a hacer si volvía a intentarlo? Se encontraba sola, terriblemente sola. Era el momento de enfrentarse a la realidad. No podía vivir sola. Era una presa fácil para cualquiera realmente interesado en agredirla. Incluso en su propia casa, rodeada de sirvientes. Quizá pudiera contratar algún guardaespaldas, pero, ¿sería realmente necesario?

Seguía temblando a pesar de sus esfuerzos por no hacerlo, lo que atraía la mirada escrutadora de los dos hombres. Nunca había estado sola, rodeada de hombres, en camisón y herida y era una experiencia bastante desagradable. Se pasó la mano por el pelo en un intento estúpido por mejorar su aspecto y el hombre pelirrojo sonrió como si comprendiera aquella necesidad. Por supuesto, pensó ella, eso era totalmente imposible. Al fin y al cabo, se dijo Alison, era un hombre. Echó de menos a su hermano y se tocó la tripa. Seguro que era la regla lo que le hacía estar tan sensible. Sintió náuseas e intentó incorporarse, pero justo en aquel momento, el gigante pelirrojo estiró la mano y abrió el escote de su camisón dejando ver unos feos moratones. Alison temió que le rasgara el camisón y puso su mano sobre la de él para que la soltara. Sintió su ira y su fuerza, pero sabía que no iba dirigida hacia ella.

Los segundos pasaron y por fin el hombre la soltó y se tranquilizó un poco. Thomas la miró una vez más preocupado y sus ojos se cruzaron pero... ¿Qué podía hacer ella? Se sentía mareada, magullada y pequeña estando en la misma habitación que aquellos dos hombres. Había notado que

le sacaban por lo menos una cabeza a su criado más alto y se preguntó cómo se habían conocido dos personas tan iguales, pero a la vez tan distintas. El mayordomo, que se llamaba Albert era moreno de tez con el pelo negro y los ojos del mismo color y cuando hablaba tenía un extraño acento.

Thomas, sin embargo, tenía la tez pálida y unas cuantas pecas resaltaban una nariz casi perfecta. Tenía los ojos verdes, del color de las praderas inglesas con algún toque azulado y brillaban con intensidad cuando la miraban. Su pelo era rojo y rebelde y tenía que apartarse constantemente algún que otro mechón que le caía sobre la frente. No seguía ninguno de los dictados de la moda en cuanto a vestimenta y peinado, pero no había duda de que era en cierto modo atractivo. Ambos medirían casi dos metros y sus cuerpos eran fuertes, pero no les sobraba ni un gramo de grasa. Su espalda cuadrada, sus brazos musculosos y la agilidad de sus piernas indicaban algún tipo de entrenamiento real Alisondo durante años, lo que intrigó a la muchacha que los estaba anaAlisondo tan concienzudamente.

La mujer por fin cerró los ojos. Los había estado mirando sin decir una palabra durante un rato considerable, lo que les había puesto un poco nerviosos y ambos habían deseado que aquel examen cesara. Albert miró a Thomas y obedeció cuando éste último le pidió que le diera unos minutos. El hombre asintió y bajó al salón para descansar un rato mientras esperaba a que su señor se reuniera con él. En cuanto Thomas se quedó solo, se sentó en la cama y observó a la mujer. Tenía el pelo esparcido por la almohada como si fueran hebras de ébano y supuso que era suave, pero no se atrevió a tocarlo. Por el brillo que tenía seguro que se lo lavaba con frecuencia. Había advertido que era delgada, exceptuando unos voluptuosos pechos que le hacían parecer más gorda de lo que en realidad era y tenía unas manos largas y elegantes. Su piel era blanca, aunque no tanto como la suya propia y las largas pestañas negras daban cobijo a unos ojos del mismo color que los suyos. Nunca había sentido una necesidad tan imperiosa de proteger a nadie. Ni tampoco de... tocarla. Quería conocerla más a fondo, pero ya intuía que le iba a gustar también su forma de ser. Tenía dinero, pero no presumía de ello. Era sincera y quizá también demasiado inocente para la edad que tenía. Pasaba cabalgando mucho tiempo, al igual que él y vestía de forma sencilla y nada vanidosa. Sí, pensó. Podía llegar a entenderse con ella si le daba la oportunidad de demostrarle cómo era él. Se había mantenido alejado de las mujeres porque tan sólo había recibido dolor de ellas, pero ahora estaba dispuesto a arriesgarse. A pesar de su decisión, había un problema, pensó furioso. Ella sólo tenía ojos para Alan.

Se alejó de la cama para salir de la habitación sintiéndose como un adolescente estúpido y eso no le gustaba en absoluto. Debía ser realista. Ya no era tan joven y desde luego, no era rival para Alan, así que debía confiar en la sensatez de la muchacha. Y eso le aterrorizaba.

Volvieron a casa de Thomas en silencio, sabiendo que los hombres que habían dejado vigilarían bien la mansión. Eran soldados profesionales y actuarían como tal, pero Thomas no pudo evitar sentirse vacío al alejarse de aquel lugar. Aquel cuarto tan femenino, las amables sirvientas y el acogedor fuego que había en todas las estancias habían contribuido a que su evaluación del lugar fuera altamente positiva. Tenía que reconocer que aquella mujer sabía llevar una casa.

Cuando Alison despertó, ya era de día y Alan estaba allí, en su cuarto, justo delante del hombre pelirrojo, que tenía ojeras por no haber dormido en toda la noche. El primero iba impecablemente vestido, con el pelo recogido según los dictados de la moda y se le veía descansado y limpio. El otro por el contrario, estaba cansado, con ojeras y barba de un par de días. Su ropa se encontraba en un estado pésimo. Sucia por el polvo del camino y arrugada. Su pelo demasiado largo estaba alborotado y no le hubiera venido nada mal un buen peine.

—¿Alan? —preguntó feliz. Después se miró el brazo y gimió.

Era simplemente un hombre perfecto. Increíblemente apuesto y además culto. Con él podría hablar de cualquier cosa, puesto que entendía de todo y seguro que además era un gran amante. Nadie que fuera tan guapo y se moviera con tanta confianza en sí mismo podía ser un mal amante. Simplemente era imposible. Miraba directamente a los ojos y su boca perfecta solía mostrar con frecuencia una dentadura inmaculada, señal de que gozaba de una salud excelente. Solía llevar el pelo empolvado y atado con una cinta, pero el hecho de que no llevara peluca demostraba que se lo lavaba con frecuencia. Era rápido de mente y de palabra, quizá incluso demasiado y cuando ella estaba cerca de él se veía incapaz de pensar con serenidad.

—Nos tenías preocupados, —dijo el recién llegado con voz suave y seductora— habéis estado durmiendo durante horas.

—¿No os habíais ido a Londres? —preguntó la mujer ligeramente enfadada por el abandono del día anterior.

—Llovía mucho para ir a ningún sitio, así que me quedé en la taberna, pero hace rato que ha dejado de llover y debo irme pronto.

—¿Cómo supisteis...?

—Thomas me avisó. —Alison esperó alguna palabra de apoyo, pero después de un incómodo silencio, supo que no iba a venir.

—Bueno, siento haberos asustado a todos, pero ya estoy bien. —dijo un poco molesta por ser el centro de atención de tanta gente y por el hecho de que se fuera a ir otra vez tan pronto. —El ladrón no volverá.

—Alison, —dijo Thomas con voz dura hablando por primera vez— no se trata de un ladrón. Lo sabéis tan bien como yo.

La mujer cerró los ojos y se volvió a tumbar. Tenían razón. Negar ese hecho no le iba a ayudar en nada. Se subió la colcha hasta la barbilla.

—¿Y qué puedo hacer?

—Descansar. —Alan estaba decidido a apartarla de cualquier peligro.

—Alan, —dijo la mujer furiosa —no soy débil y tampoco soy tonta. No me vais a apartar de esto como si no hubiera tenido nada que ver conmigo. No lo permitiré.

Miró al hombre más atractivo y se preguntó si estaba haciendo lo correcto. Cuanto más tiempo estuviera con él más se acercaría a su corazón y más sufriría cuando la abandonara. Sorprendida, comprendió qué era aquello que le impedía dormir por las noches. Era el miedo. Miedo a que todos los que la rodeaban terminaran abandonándola. Primero había sido su madre, luego su padre y por último su hermano. Había pasado la vida intentando demostrarse que era fuerte y podía vivir sola. Cerró los ojos para pensar, pero Alan no se lo permitió.

—Debo irme. —miró con rostro serio al gigante pelirrojo, comunicándose con él sin palabras.

—¿Ya?

—Sí. Thomas...

—Yo la cuidaré. No te preocupes. —Thomas miró a los bellos ojos del hombre y asintió con gravedad.

Alan se acercó a Alison y tomó su mano para depositar un beso. Cuando se hubo ido, Thomas vio una lágrima cayendo por su mejilla y no pudo evitar poner cara de desagrado.

—Es... cansancio. —el gigante asintió, entendiendo lo que no era dicho con palabras.

Tenía la voz más dulce que había oído nunca y utilizaba palabras que sólo una mujer instruida podía usar, pero lo más notorio era su voz melodiosa únicamente comparable con el canto de un pájaro. Suave y casi infantil, pero sin resultar estridente. Una voz sincera e inocente,

una voz que no necesitaba gritar porque todo el mundo la escuchaba con el único fin de deleitarse los oídos. La voz de una mujer pequeña y bella con el pelo brillante y alborotado como si quisiera proteger a su dueña de la fuerza del viento. Una mujer confiada, segura de sí misma, pero a la vez ignorante de la crueldad del mundo y preparada para caer en las garras de Alan. La mujer lo miró esperando una respuesta.

—Lo sé. —mintió furioso con el ceño fruncido y la mano en un puño.

El hombre salió de la habitación con una extraña opresión en la garganta y en el corazón. Cuando se reunió con Albert en el salón, éste negó con la cabeza.

—Tienes mal aspecto, amigo.

—Sí, supongo que sí.

—¿Por qué no duermes un poco?

—Me gustaría invitarla a que viera mi biblioteca. —El mayordomo levantó una ceja—. Le gustan mucho los libros y le servirá de distracción.

—Está bien, tú descansa. Puedes echarte en ese sofá, es bastante cómodo y yo hablaré con su doncella. En cuanto se despierte le preguntaré si desea ir.

—Gracias, amigo.

—Quién me iba a decir a mí...

Albert no terminó la frase porque tuvo que esquivar un cojín que le iba directo a la cabeza y salió del salón con unas sonoras carcajadas que retumbaron por toda la casa.

Al día siguiente, Thomas la miraba detenidamente mientras bajaba las escaleras de la casa con el porte de una reina. Gracias a la ayuda de su amigo, Alison había accedido a ir con él a visitar su biblioteca, aunque todavía tenía el brazo dolorido. La muchacha aseguró que nunca se perdía la oportunidad de visitar una biblioteca bien abastecida. Llevaba un vestido sencillo, con una de las mangas pulcramente doblada y recogida con un alfiler. El tejido era de una calidad exquisita y el corte seguía los dictados de la moda, así que supuso que debía de ser incómodo y pesado. Sonrió inconsciente, embelesado por su belleza, pero después frunció el ceño. Alan tenía buen gusto con las mujeres. Siempre las escogía bellas, pero normalmente las prefería ignorantes y cargadas de joyas. La mujer que tenía delante era culta y apenas llevaba un par de discretos pendientes con pequeñas esmeraldas a juego con la cinta de pelo que recogía su cabello en una elaborada trenza. Era una pena que vistiera de oscuro, porque estaría preciosa con un poco más de color.

—Señora, hace frío. Creo que será mejor que coja una capa. Y quizás también un chal, o una bufanda.

—¿Hace frío? Bien. Mi capa está colgada detrás de vos. La de color azul marino —dijo la mujer luchando con sus guantes.

El hombre descolgó la prenda y se la puso sobre los hombros evitando tocarla más allá de lo justo y necesario. Después le ofreció el brazo y salieron a la calle. Un coche con cuatro caballos negros les esperaba. Detrás de ellos iba la doncella de Alison, una muchacha de unos quince años que pasaba totalmente desapercibida, pero cuya presencia era totalmente necesaria si querían evitar los comentarios. Se miraron durante un rato, cada uno con sus propios pensamientos. Había tantas cosas que ignoraban el uno del otro...

—No sé vuestro nombre, caballero —la mujer se acomodó en el coche. No era muy espacioso y sus rodillas chocaban continuamente.

—Thomas Salisbury, señora.

—¡Lord Salisbury! —exclamó sorprendida. No se lo podía creer. Había crecido oyendo los chismorreos que de él y su familia se decían, pero nunca lo había conocido en persona. Siempre se había preguntado cómo era él. Y ahora que lo conocía estaba más confundida que nunca sobre

su persona.

—Sí, señora. El mismo. Hemos sido vecinos durante años, pero no hemos coincidido. Mi propiedad está muy cerca de aquí.

—¿Usted es...?

—No sé qué se dirá de mí —la interrumpió poniéndose rígido —pero tiendo a no hacer caso de los rumores. —La mujer, avergonzada, miró hacia otro sitio.

Una nube grande tapó el sol que iluminaba la verde campiña inglesa. El día era frío, pero el olor penetrante a hierba y a humedad resultaba tan familiar que enseguida se sintieron más cómodos y relajados. Alison estiró los brazos lo poco que el carruaje le permitía y bostezó.

—Enseguida llegaremos. —ella asintió —No ha dormido mucho últimamente, ¿verdad?

Alison supo que él veía demasiado. Ni su actitud despreocupada, ni sus silencios evitaban que él se percatara de todo. Veía su cansancio, su soledad, su miedo y su nerviosismo por su proximidad.

—No. Me he sentido... —Alison lo miró incapaz de encontrar la palabra adecuada.

—Inquieta.

—Sí, pero no por lo del accidente. No sé... —lo miró con un nudo en la garganta y se encogió de hombros.

—Quizá sea por el hecho de que su hermano se fuera dejándola sola. Uno nunca se acostumbra a la soledad, ¿no es así? —preguntó el gigante con rostro serio. Sabía que si no la presionaba ella terminaría contándole todo lo que le preocupaba y curiosamente aquello le importaba mucho.

Alison lo miró sorprendida. Aquel hombre parecía saber lo que sentía y pensaba incluso mejor que ella misma y no se reía ni decía que eran tonterías de mujeres sino todo lo contrario. El hombre miró por la ventana y Alison supo que no tenía necesidad de contestar.

El coche avanzó traqueteando por un incómodo camino lleno de piedras y lodo hasta que entraron en una propiedad rodeada de setos. Después aminoró la velocidad y el camino se tornó liso y empedrado. La mujer sacó la cabeza por la ventana y observó el gran edificio que se alzaba en frente suya, detrás de unos cuidados jardines y emitió una discreta exclamación de sorpresa.

—¡Es enorme! —Su acompañante sonrió orgulloso.

—Sí. Es grande. Dispongo de otra casa en Bath y otra en Londres, pero ninguna de ellas son mi hogar.

—Es precioso, por lo menos por fuera.

La preciosa mansión no se veía desde el exterior, porque quedaba oculta por un frondoso bosque que ocultaba todo excepto el largo camino de entrada. Era una mansión impresionante, con una amplia fachada de piedra blanca llena de ventanas y balcones. Justo en el centro, una gran escalinata de anchos escalones subía hasta la puerta principal. Un par de ángeles de mármol franqueaban el final de la escalinata dando la bienvenida a los visitantes.

—Sí, lo es. No es un palacio ni un castillo, pero dispone de las ventajas de ambos y de los inconvenientes de ninguno.

Cuando el coche paró frente a la puerta, el hombre saltó con agilidad a pesar de su tamaño y ayudó a bajar a las dos mujeres. Antes de llegar a la puerta principal, la hoja de madera se abrió y salió a recibirles un mayordomo de mediana edad. Mathew le saludó educadamente mientras se hacía cargo de las prendas de abrigo.

La mansión era un edificio lujoso. Era como un palacio por dentro, con las paredes llenas de cuadros de grandes paisajes luminosos en los que se jugaba con la intensidad por medio de luces y sombras. Los muebles eran sobrios y no había apenas elementos decorativos como jarrones o figuritas de porcelana, lo que indicaba la ausencia de presencia femenina en la mansión. Había

mucho lujo, pero faltaba vida. No había ni plantas, ni animales y todo estaba demasiado limpio y ordenado, aunque eso tenía remedio, pensó Alison sonriendo. Tan sólo hacía falta una mujer y una cuadrilla de niños revoltosos y sucios.

La biblioteca habría sido definida por Alison como un lugar idílico. Más libros de los que había visto nunca (y había visto muchos) ocupaban tan sólo una de las paredes de aquella gigantesca sala. Muchos de ellos eran realmente antiguos y pesados y se preguntaba cómo podían sujetarlos las baldas de madera. Los libros mayores, no obstante, se encontraban sujetos por enormes atriles de madera que tenían la estatura de un hombre.

—¿Os gusta? —preguntó el hombre a su invitada, que permanecía con la boca abierta.

—Dios mío, es... —el hombre sonrió— es...

Thomas llamó a su mayordomo y pidió que les prepararan el té. También instó a la doncella a que lo acompañara. De esa manera podría hablar a solas con ella. Aunque a su lado se le veía tranquila y confiada, sabía que esas ojeras eran debido a un exceso de nervios y miedos que le impedían dormir. La herida del brazo, que todavía le dolería no le ayudaba mucho en ese aspecto y si seguía por ese camino pronto enfermaría. La miró. Sostenía en sus manos un libro mientras pasaba las hojas con delicadeza. Alison respiró el reconfortante olor de los libros y palpó la piel y el papel con veneración. Sentirse rodeada de ello relajaba sus nervios. Eran viejos amigos que la ayudaban a soportar la rutina y el aburrimiento a cambio de nada. Podían dar amor y pasión o bien tranquilidad y conocimiento. Todos y cada uno de aquellos volúmenes era una pequeña joya.

—¿Tienes algún libro en griego? —preguntó fascinada.

—Sí. ¿Sabes griego? —preguntó el hombre estupefacto.

—Ajá. Alan también —él frunció el ceño y Alison se preguntó por qué había realizado aquel comentario tan desafortunado.

—Sí. Alan también. —Alison notó el tono sarcástico de su voz y levantó la vista del libro rápidamente. En los ojos del hombre había dolor, pero enseguida lo ocultó.

Más que sorprendida, lo miró preguntándose la causa de aquel súbito cambio, pero él negó con la cabeza quitándole importancia.

—Yo no sé griego.

—Oh, bueno, pocas personas lo saben. Y menos todavía mujeres.

—Sí. Es curioso que vos lo sepáis y también es curioso que yo no sepa latín y griego, ¿verdad?

—Así es —dijo ella divertida.

—Pero sé francés y español —añadió para preservar su orgullo. Ella rió.

—¿Español? Un idioma raro.

—Estuve allí hace unos años.

—¿Y qué hizo allí? —preguntó realmente interesada. —Levantó su cabeza del libro y varios mechones oscuros se soltaron de su pulcro peinado.

—Luchaba. Pero sobretodo era... cómo decirlo. —Thomas calló de repente.

El hombre no quiso continuar con la frase, pero tampoco hacía falta. Era un espía. ¿El hombre tranquilo y callado que tenía delante era un espía?

—¿Todavía lo es? —Alison nunca se había sentido tan emocionada.

—No. Y os recomendaría que no hablarais con nadie de esto. —Thomas se movió incómodo y sus ojos verdes se volvieron más verdes al valorar el peligro de que ella manejara ese tipo de información. —Pero todavía tengo contactos y puedo averiguar algo sobre vuestra situación.

—¿Sabéis? Es fácil hablar con vos. —Se sorprendió al darse cuenta de que era cierto. A pesar de ser un hombre de pocas palabras, era comprensivo y conseguía calmarla.

—Gracias.



El hombre sintió lo mismo, pero no lo expresó en voz alta.

—Si necesito su ayuda os la pediré, pero ya he aceptado la de Alan —Thomas asintió pero juró en voz baja cuando la mujer volvió a dedicar su atención a un libro.

Cuando Albert entró, Thomas respiró aliviado, lo que causó una irónica sonrisa en su sirviente y amigo. El gigante lo miró como si fuera a estrangularlo y él sonrió todavía más. Demonios, no era fácil permanecer ocioso mientras una mujer tan hermosa se movía delante, acompañada por el delicioso frufrú que hacía su voluminosa falda.

—Señora, os dejo la biblioteca a su entera disposición. Albert, esta mujer podrá entrar aquí a cualquier hora del día o de la noche.

—Sí, señor. —Albert sonrió mostrando unos dientes blancos y perfectos, que resaltaban en su oscura tez.

—Gracias, muchas gracias, es la mejor biblioteca que he visto nunca.

Tomaron el té casi en silencio, sentados cómodamente, uno frente a otro, absortos en sus propios pensamientos, sin que el silencio se volviera en ningún momento incómodo. La biblioteca era un lugar agradable y el sofá, situado debajo de una de las ventanas, era increíblemente cómodo. Todo en aquel lugar invitaba a la reflexión.

El tiempo pasó rápido y cuando empezó a anochecer Alison fue consciente de lo tarde que era.

—¡Oh, vaya, es muy tarde, debo irme! —Alison se levantó rápidamente al darse cuenta de lo tarde que era.

—Señora, —dijo una voz ronca y profunda —quizá sea mejor que se quede aquí como invitada. —El mayordomo entró a recoger la bandeja.

—Oh, no. Alan no tardará en venir y se preocupará si no estoy. —El mayordomo miró a Thomas con semblante serio y éste último frunció el ceño.

—Podemos mandarle un mensaje. Aquí se encontrará más segura. —Alison no podía aceptar. Deseaba volver a ver a Alan con todo su corazón y no podía desperdiciar ninguna oportunidad de estar con él. Hasta ahora él se había mostrado esquivo con ella, pero las circunstancias tampoco habían permitido una relación normal y seria.

—No, gracias, no aceptaré. Ya he abusado de su hospitalidad. Ahora debo regresar. Pero os lo agradecería si me prestarais este libro. Hace mucho tiempo que quiero leerlo.

—Por supuesto. ¿Puedo ir a visitarla para preguntarle por el estado de su brazo? —preguntó resignado.

—Siempre que quiera.

—Albert, que preparen el coche para llevar a la señorita a casa. Después vuelve aquí.

## CAPÍTULO CUATRO

El mayordomo y las mujeres salieron dejando al señor solo y con semblante serio. No le gustaba la forma en la que hablaba de Alan. Sin embargo, debía admitir que él sí sabía tratar a las mujeres, por lo menos al principio y además era muy apuesto. Se levantó del sofá nervioso y decidió que lo mejor era hacer algo. Cuando su mayordomo volvió, ya tenía todo planeado.

—Señor, esta mujer nos va a dar problemas. —Albert se sentó cansado.

—¿Hay alguna que no los de? —el moreno rió.

—Ésta más, señor, ya lo verá.

—Quiero que la vigiles. Llévate algunos hombres más y encárgalos de que nunca esté sola. Tengo un mal presentimiento. —Albert asintió serio. Con el tiempo había aprendido a fiarse de aquellos presentimientos que más de una vez les habían salvado la vida.

Thomas paseó sobre la mullida alfombra roja. Era extraño lo que estaba sintiendo y no sabía muy bien cómo enfrentarse a aquellos sentimientos que sentía hacia esa pequeña mujer preciosa y testaruda, de magnéticos ojos verdes y salvajes cabellos oscuros. Apartó la pesada cortina y observó por la ventana. La naturaleza siempre conseguía tranquilizarlo. Miró al cielo oscuro y disfrutó del brillo de las estrellas parcialmente ocultas por las nubes que viajaban incesantemente movidas por un viento implacable. En la tierra oscura y húmeda el viento también se hacía notar. La hierba y las hojas medio muertas que todavía quedaban en los esqueléticos árboles libraban su propia batalla intentando resistirse a los movimientos ondulantes a los que eran sometidos. El silencio era total. No había pájaros que cantaran mientras buscaban pareja. Todo formaba parte de su estado de ánimo, oscuro como el pozo que lo mantenía.

Alan no había ido a verla ni le había mandado ningún mensaje. Ni siquiera para preguntarle por el estado de su brazo y eso la entristecía y la enfurecía a la vez. Cenó sola, tal y como lo había hecho durante casi toda su vida y salió a pasear por el jardín. La noche había ido cayendo implacable sobre aquella tierra sumiendo todo en sombras. Alison levantó los ojos al cielo y se ató su capa con más fuerza. No había decidido entrar todavía cuando oyó voces detrás de los setos. Intrigada, se acurrucó contra el suelo y tapó el borde claro de la enagua con su capa oscura.

—El viejo las escondió en algún sitio y tenemos que encontrarlas. Como alguien más las encuentre estamos muertos. ¡Son del corso, por Dios!

—Yo voy a entrar por la puerta de atrás. Tú espérame en la principal.

—¿En la principal, no sabes que la están vigilando? —el hombre tosió —Yo voy contigo.

Los hombres se alejaron despacio, ocultándose en las sombras del jardín. Alison se quedó donde estaba, pero se encontraba furiosa.

—Padre, ahora sé que además fuiste un estúpido. —sentenció en voz alta —Nos has puesto a todos en peligro.

—Señora... —susurró un hombre acercándose a ella encorvado —Soy Albert, no temáis —añadió rápidamente cuando vio que estaba a punto de huir.

—¿Albert? —Alison paró y lo miró.

—El señor me ha enviado para asegurarse de que os encontráis bien. ¿Quiénes son esos hombres? —Alison se encogió de hombros.

—No lo sé, pero están en mi casa.

—Muy bien. Acompañadme a la puerta principal y hable muy alto.

El gigante hizo un gesto a dos hombres que esperaban en el coche y ambos bajaron. Después, armando un gran escándalo se dirigieron hacia la puerta. Los criados empezaron a despertarse y a levantarse y los ladrones tuvieron que huir por la puerta de atrás. Albert y sus hombres les persiguieron durante un buen rato a través de la campiña inglesa hasta que los perdieron definitivamente. Habían conseguido montar en un par de caballos y se había alejado. Albert paró para recuperar el aliento y maldijo. Ni siquiera los había podido ver con claridad y no estaba seguro de poder reconocerlos la próxima vez.

Cuando regresaron a la casa, se encontraron con el salón y la biblioteca destrozados. No obstante, gracias a su rapidez, el resto de las habitaciones permanecían intactas.

—¿Qué buscaban? —preguntó en cuanto encontró a Alison.

—No lo sé.

—Señora... —dijo con dureza.

—Algo que pertenecía al... corso —dijo bajando la cabeza.

—¿Al corso? —preguntó Albert quedándose de piedra —¿Y qué era, cómo llegó aquí?

—No lo sé. Dios mío... —Albert hizo un gesto de impaciencia y Alison se enfureció —¡No lo sé! Por favor, dejadme pensar.

—Muy bien. Avisaré a Thomas y todos nosotros nos quedaremos a dormir aquí. Señora, será mejor que penséis con rapidez, porque el señor os hará muchas preguntas mañana por la mañana.

—¡No quiero vuestra ayuda y no vais a dormir aquí!

—El señor Salisbury es un caballero —aseguró con indiferencia —lo queráis o no tendrá su ayuda. ¿Nuestras habitaciones? —Alison se dio por vencida.

—Arriba. Mary, ocúpate de ellos. Ah, ¿Y de quién son estas flores?

—De Alan, señora —la mujer sonrió y Albert frunció el ceño.

Alison intentó devolver los libros a sus estantes, pero como descubrió más tarde, se encontraba exhausta. Las criadas habían preparado las habitaciones para los hombres y todos se habían acostado ya, excepto Albert, que no paraba de dar vueltas al salón con una copa de coñac en su mano. Alison sabía que esperaba a su señor y temía ese momento, así que abandonó los libros y huyó al refugio de su cuarto. Si tenía algo de Napoleón, nunca la dejarían en paz. No obstante, si era cierto que su padre tenía algo de Napoleón, eso significaba que además había sido un traidor.

Dejó que su doncella la desvistiera y después, tapada apenas con un camisón de seda, se acostó. Sentía su cuerpo y su mente cansados, pero el sueño reconfortante no acudía a ella, así que se puso una bata por encima y decidió bajar a la biblioteca. Ya que no podía dormir, por lo menos aprovecharía el tiempo. Dio la vuelta a la cama a oscuras para no llamar la atención de cualquiera que pudiera estar despierto, pero calculó mal y tropezó con una esquina de la cama. Un sonido sordo surgió de su cuerpo al chocar contra el suelo y un aullido de dolor salió de su boca. Incapaz de contener el llanto, se sentó sobre el suelo y acunó el brazo herido con la otra mano. De repente la puerta se abrió y dos hombres enormes entraron en el cuarto.

—Señora, ¿estáis bien? —preguntó Albert acercándose, intentando hacer caso omiso del exagerado escote que mostraba el camisón.

—No es nada. He tropezado con la pata de la cama cuando... paseaba.

—No podéis dormir, ¿verdad? —preguntó Thomas mirándola seriamente. Ella negó con la cabeza.

Se estaba convirtiendo en un embarazoso hábito el que su dormitorio se encontrara lleno de hombres grandes y adultos.

—Thomas, está herida. Su brazo sangra. —Albert pasó su oscura mano por su pelo, despeinándolo.

—Tráeme vendas limpias y agua. Yo la curaré. —El gigante moreno asintió aliviado y salió del cuarto.

Alison observó cómo Albert salía de su dormitorio y miró a su acompañante a los ojos. Se encontraba exhausta y supo que no podría enfrentarse a aquel hombre de pensamiento rápido y palabras directas.

—No me gritéis, por favor. No están siendo mis mejores días.

El hombre se asombró. No estaba acostumbrado a verla tan vulnerable y eso le hizo sentirse protector. No pensaba gritarle ni interrogarle todavía. No sabía por qué, pero quería reconfortarla y consolarla antes de pensar en su situación. Se acercó a ella con un pañuelo en la mano sintiéndose triste. Ignoraba qué era lo que le pasaba con aquella mujer y por más vueltas que le daba no encontraba la respuesta, pero no había duda de que afectaba a su alma como ninguna otra mujer lo había hecho.

Alison tomó el pañuelo y se secó las lágrimas mientras Thomas encendía un agradable fuego en la chimenea. La estancia blanca con flores rosas se iluminó. Era un lugar acogedor, con la ventana situada frente a la puerta y oculta por unas pesadas cortinas rosas, a juego con la colcha. La cama se encontraba apoyada en medio de la pared lateral derecha y a ambos lados tenía unas mesillas pequeñas sobre las que descansaban un par de hermosos candelabros de plata. En la pared lateral izquierda se situaba la gran chimenea y Thomas pudo ver, con curiosidad, que toda la estancia se encontraba llena de libros. Libros sobre la chimenea y a los lados. Libros debajo de las mesillas y libros apoyados en el suelo contra las paredes. No era la primera vez que se encontraba en ese cuarto, pero era la primera vez que se fijaba en ese detalle. El hombre sonrió.

Albert entró con todo lo que había pedido su señor y una bandeja con té para la mujer y whisky para el hombre.

—Ya puedes retirarte, Albert. Muchas gracias. —El hombre moreno dejó la bandeja sobre la cama.

—El té es para la dama —dijo guiñándole un ojo a Thomas mientras sonreía.

—De acuerdo, amigo —el hombre le devolvió el guiño y la sonrisa.

Thomas cogió las vendas y el agua y se acercó a la mujer. Tenía el camisón lleno de sangre debido a la herida abierta del brazo. Se lo cogió con delicadeza y rasgó la manga con un tirón certero. Alison lo miró mientras lavaba la herida con agua de rosas, pero no dijo nada. Sintió un agradable escalofrío y tomó la taza de té caliente. Estaba bueno y su calor y aroma resultaban agradables. Se estiró sintiendo cómo el sueño enraizaba en su cuerpo y el escote de su camisón se abrió más, pero ella no lo notó. El hombre que estaba sentado frente a ella pudo observar el centro de unión y la curva de sus generosos pechos. Miró la chimenea a su espalda y se enjugó una gota de sudor que le caía por la nariz preguntándose cuál de los dos era la causa de su calor. Obligándose a desviar los ojos, terminó de vendarle el brazo. Centró la vista en un jarrón con rosas que había en la mesilla y frunció el ceño, sabiendo que eran de Alan. Él siempre regalaba rosas rojas. Alison lo miró con una extraña expresión en sus ojos antes de caer dormida. Thomas la recogió de la silla y la llevó en brazos hasta la cama. Una vez allí, retiró las mantas y la introdujo en su interior. Su cuerpo era suave y liviano como una pluma y tuvo que reprimir el deseo de abrazarla. Después, acercó la silla a la cama y se sentó allí, con el vaso de whisky en su mano. No era tan apuesto como Alan, ni era tan directo con las mujeres, pero su rostro, según creía él, era bastante agradable. Su pelo rojo y su tez blanca resaltaban el verde de sus ojos y cuando el sol golpeaba su piel, se llenaba de pecas que le daban un aspecto infantil. A pesar de todo, no tenía éxito con las mujeres. Ni siquiera recordaba cuándo había tenido su última experiencia sexual. Se obligaba a esperar y a esperar hasta que su cuerpo llegaba al límite, pero

las relaciones sexuales le dejaban vacío. Saciaban la sed de su cuerpo por un tiempo, mas no la de su alma. Era cierto que no ponía interés en cortejar a las mujeres, al contrario que Alan, pero por lo general temían su gran tamaño y a él le costaba demasiado esfuerzo convencerlas de que no las iba a descuartizar con un abrazo. Con el tiempo, había aprendido a resignarse y a contar las mujeres que Alan destrozaba emocionalmente. Mujeres que huían de sus manos que las habrían tratado como reinas para lanzarse a las de Alan, que les destrozaban el corazón.

Suspiró resignado. Así era la vida y nunca se había quejado, pero ahora, con aquel bulto que apenas se notaba bajo las mantas, sentía que algo había cambiado. De repente necesitaba molestarla, en cortejarla, en protegerla, en ayudarla.

—Thomas, te estás volviendo demasiado sensible. Eres incapaz de volverle la espalda a alguien necesitado —dijo en voz alta. Después, tomándose el whisky de un trago, salió del cuarto sintiéndose bien.

La mañana amaneció lluviosa y fría. Cuando Alison abrió los ojos, se sentía maravillosamente. Había dormido como un tronco toda la noche y su cuerpo se lo estaba agradeciendo. Recordó a Thomas y sonrió. Aquel hombre ejercía un efecto reparador en ella. Cuando él estaba a su lado ella se sentía tranquila y no tenía miedo. Anoche lo había dejado todo para acudir en su ayuda. Ayuda que, ahora lo sabía, ella debía haber aceptado agradecida. Recordó con una sonrisa que había sido él quien había enviado a sus hombres a comprobar que ella se encontraba en casa sana y salva, mientras que Alan no había ido ni a visitarla. Era cierto que su tamaño casi asustaba, pero sabía ser tierno y comprensivo y aquello era lo importante.

Se levantó y se vistió sabiendo que sería sometida a un intenso interrogatorio. Después, se sentó para que su doncella le recogiera el pelo.

—Señora, hay varios hombres desayunando abajo. Mary dice que no me preocupe, que son sus invitados.

—Sí, Claire, son mis invitados. Diles que enseguida bajo.

Alison se alisó la falda para darse coraje. Cuando bajó, encontró a Thomas y a su mayordomo hablando en el salón. Ambos se levantaron al verla entrar. Thomas sonreía.

—Señora, tenéis un aspecto estupendo. —Alison se sonrojó.

—Sí, me encuentro muy bien, gracias.

—¿Queréis desayunar?

—Sí, pero no os preocupéis, Albert. Ahora me lo traerán. —Thomas se levantó nervioso.

—Alison... —interrumpió el señor impaciente. La mujer lo miró. Pocas veces le llamaba por su nombre de pila, pero lo hacía de un modo agradable.

—Sentaos. Os contaré lo poco que sé —dijo decidida a terminar con aquello cuanto antes.

Los hombres se sentaron frente a ella y escucharon su relato.

Cuando Alison terminó, los miró. No había ni una sombra de duda en sus ojos y eso la tranquilizó.

—Me creéis, ¿verdad? —Thomas la miró curioso.

—Por supuesto.

—No todos hubieran creído el testimonio de una mujer.

—Nosotros sí —aseguró el señor extrañado por aquella afirmación.

—Señor Salis... —Alison se preguntó si todavía estaba a tiempo de contar con aquellos dos hombres mientras estuviera en peligro.

—Thomas, por favor.

—Thomas, lo he pensado y me gustaría solicitar vuestra ayuda. Creo que las cosas se me están yendo de las manos y no sé a lo que me enfrento. —El hombre sonrió y Alison comprobó que tenía

una sonrisa preciosa.

—Os ayudaremos, señora, pero para eso tendréis que venir a mi casa. Aquí no podré protegerla del todo. —Thomas la miró temiendo su reacción.

—Dadme un par de días para preparar todo e iré con mi doncella. —Ambos sonrieron.

—Muy bien, señora. Nos quedaremos aquí esos dos días. Seremos cinco. ¿Os supone algún inconveniente?

—No. Está bien. Y... gracias. —La verdad era que se sentía mucho mejor ahora.

—Lo primero que tenemos que hacer es averiguar qué buscan y encontrarlo nosotros primero. ¿Podrías reconocer a los hombres que vinieron?

—Yo no, pero me fijé en el carruaje. Era extraño, Thomas. —Albert movió la cabeza. Ojalá los hubiera atrapado.

—Yo reconocería sus voces, también eran extrañas —Alison buscó en su memoria algo más que recordara de ellos, pero apenas los había escuchado un segundo.

—¿Extrañas, en qué sentido?

—No lo sé, pero si las oyera las identificaría de inmediato.

—Es una pena, —musitó Thomas apesadumbrado —de esta manera no podremos mantenerla totalmente alejada de este asunto. La necesitamos para cogerlos.

—No os preocupéis tanto por mí. Soy más fuerte de lo que parezco y estoy dispuesta a ayudarle en todo en lo que pueda. —aseguró antes de dar un sorbo a su taza de té.

Justo en aquel momento apareció su criada acompañada por Alan y Alison no pudo evitar levantarse emocionada y sonriente.

—¡Alan! ¿Qué tal os encontráis?

El recién llegado saludó a la mujer con una reverencia y miró a los hombres.

—Vaya, por fin nos has honrado con tu presencia —dijo Thomas irónico.

—He venido porque tengo noticias. Pero sobre todo para preguntar por el brazo de la dama —dijo guiñándole un ojo a la muchacha.

—Oh, estoy bien, gracias. ¿Deseáis tomar algo? —preguntó ruborizándose. Era increíblemente guapo.

—No, gracias. Debo partir enseguida —miró serio a Thomas.

—¡Pero si acabáis de llegar! —Alison empezaba a hartarse de aquellas visitas que no duraban ni un par de segundos. Era imposible que siempre estuviera tan ocupado. Pero entonces... ¿Por qué iba a verla y por qué le enviaba flores? Eso tenía que significar algo sin duda.

—Lo sé, pero ahora que compruebo lo bien cuidada que estáis, —dijo mirando a los dos hombres —me ocuparé de otros asuntos. No obstante, en cuanto tenga un segundo libre vendré a visitaos. —aseguró besándole la mano galantemente.

—¿Qué es lo que quieres decir, Alan? —preguntó Thomas en un tono de voz que podría haber cortado el hielo.

—Una de mis fuentes me ha anunciado que hay un par de hombres en el Wild Board con acento extraño. Después de que vinieras a verme investigué. Sería interesante si fueran los mismos que estuvieron aquí. —se sentó elegantemente sobre una butaca de terciopelo rojo.

—¿Fuisteis a verlo anoche? —preguntó Alison a Thomas sorprendida.

—Sí. Cuando quiero saber algo siempre acudo a él. Es el mejor. —Alan asintió altivo.

—Vaya, gracias por el cumplido, pero es cierto. Soy el mejor.

—Ahora me gustaría poder hablar con él a solas —pidió Thomas mirando a Alison —¿Sería posible? —el hombre detectó una mueca en la cara de la mujer.

—Si es sobre mí me gustaría quedarme.

—No es sobre vos —mintió.

—No me lo creo, pero me iré —anunció antes de dejar la sala altivamente. Si la hubieran conocido un poco más, habrían sabido que ella siempre plantaba batalla. Ella nunca se habría ido sin discutir si no hubiera estado tramando algo.

Albert salió con ella y dejó la casa sombrío para hablar con sus hombres. Si conocía lo suficiente a Thomas, iba a plantarle cara a Alan e iba a dejar claras sus intenciones con aquella muchachita. A Alan no le iba a gustar ni lo más mínimo. Mientras tanto, Alison entró en una salita de costura contigua a la que había abandonado y dio un par de vueltas nerviosa, preguntándose de qué querían hablar los dos a solas. Vencida por un impulso superior a ella misma, retiró un tapiz que adornaba la pared y apoyó la oreja en la fría y hueca roca. No podía andar a ciegas con ellos. Necesitaba saberlo todo. Escuchó una tos antes de oír las palabras graves y serias de Thomas.

—Alan, siento algo por ti, lo sé. No para de hablar y preguntar por ti. Si no te interesa déjala en paz. ¿Crees que todo se soluciona con flores? —Alan miró a Thomas con soberbia.

—Vaya, vaya, ¿te interesa? Nunca te he visto interesado en ninguna mujer, Thomas. De hecho, ¿cuántas veces al año haces el amor? —preguntó con voz dura antes de soltar una carcajada. ¿Sabes qué es disfrutar de una mujer? —La mujer sintió un escalofrío que la dejó helada.

—Eso no es de tu incumbencia. Tan sólo te pido que no le hagas daño —pidió con los dientes apretados.

—Es bella, ¿verdad? —Alison retuvo el aliento.

—Lo es.

—Y además muy inteligente. Sabe latín y un montón de cosas que tú no sabes.

—Esta noche iremos a verte. No voy a hacer caso de tus provocaciones, Alan. Tienes todas las mujeres que quieres aparte de Julia y puedes hacer con ellas lo que te plazca, pero como hagas daño a Alison me las pagarás. Esta vez sí. —La mujer se tapó la boca conmocionada, pero feliz. Enseguida oyó un portazo.

Cuando una criada le informó de que Alan se marchaba, respiró varias veces y salió a despedirle con toda la normalidad de la que pudo hacer acopio. Una vez que la puerta se hubo cerrado detrás del hombre, se sintió mejor. Ignoraba con certeza la causa, pero lo cierto era que había empezado a sentirse incómoda en su presencia. Había resultado ser un hombre con dos caras. Una, la del hombre tierno y divertido que había conocido y la otra, la que tan sólo empezaba a imaginar, la del hombre libertino y egoísta.

—¿Señora? —preguntó Thomas mirándole fijamente. —Estáis pálida, ¿os encontráis bien?

—Sí, es sólo el cansancio.

—Siento que Alan no se quedara un poco más con vos. Sé que le agrada su compañía —dijo a pesar de sí mismo.

—No os preocupéis. Tengo curiosidad... ¿Qué es lo que hace Alan? —el gigante pelirrojo la miró fijamente antes de contestar.

—Hace muchas cosas. Es un estudioso, como su hermano, pero también se dedica a otros asuntos. Me temo que por ahora no puedo deciros nada más. —Alison asintió y se retiró a su habitación.

A pesar de la dureza con que Alan había hablado a Thomas, éste último no había pronunciado ni una palabra en su contra, lo cual era elogiabile. Además, recordó, había permanecido sentado, callado, mientras ella hablaba y hablaba preguntándole por Alan sin saber que él mismo sentía algo por ella. Qué tonta había sido, hablando bien de un hombre que no se preocupaba por ella, ignorando los esfuerzos del que tenía delante. Thomas se había tenido que sentir dolido más de una vez mientras ella hablaba de Alan, pero no había dicho una sola palabra al respecto. Nunca la

había interrumpido, ¿cómo había podido estar tan ciega? Pero se suponía que ella no había escuchado esa conversación, así que intentaría disimular. Justo cuando se tumbaba sobre el sofá escuchó unos golpes en la puerta. Cuando dijo que podían pasar, la puerta se abrió y un cuerpo masculino enorme entró y se quedó de pie, frente a la mujer. Se frotaba las grandes manos de forma nerviosa y Alison temió que hubiera pasado algo terrible.

—Señora, he pensado que os vendría bien un cambio de ambiente. Van a representar esta tarde una obra de teatro en Canterbury y me preguntaba si accederíais a venir conmigo —dijo una voz ronca y grave que Thomas no reconoció como suya.

Alison lo miró y sonrió. El gigante que tenía frente a ella se encontraba tan nervioso y azorado como un adolescente y podía ver gotas de sudor en su frente mientras la miraba expectante.

—Sí, iré. Me gustará mucho. —el hombre suspiró aliviado.

—¿Qué tal el brazo?

—Está bien, gracias. ¿Qué representan?

—Sueño de una noche de verano. —Alison aplaudió encantada mientras reía.

—Me encanta, ¡una comedia! —Thomas sonrió contento.

—Está bien. Saldremos de aquí a las cinco, si os va bien.

—Me parece muy bien. —dijo levantándose. —No sé qué ponerme. ¿Qué día hace hoy? Este que llevo es demasiado soso. Igual hoy podría llevar al más alegre.

—No os preocupéis por el vestido, señora. Cualquiera os estará bien. —Alison se volvió sonriente.

—¿Es eso un cumplido?

—Creo... creo que sí. Y ahora, —añadió incómodo —voy a preparar algunas cosas.

Alison sonrió al escuchar el portazo. Thomas era un caballero, no cabía duda, pero Alan le hacía vibrar por dentro. Su rostro y su cuerpo eran los más bellos que había visto ella, pero por lo visto, le pasaba lo mismo a todas las mujeres que lo conocían. La idea no le gustó y frunció el ceño.

Se puso un vestido azul oscuro con lazos blancos cosidos en su voluminosa falda que le daba color a la tez clara de su rostro y cuello y se peinó de forma sencilla, con un par de trenzas recogidas hacia atrás. Tuvieron que ayudarle a recoger una de las mangas, puesto que el aparatoso vendaje no cabía por ellas. Como los vestidos eran tan ajustados, tampoco pudo llevar el brazo recogido en el interior del vestido, así que como última opción descosieron la manga y la doblaron. Para cuando terminó de vestirse, se encontraba agotada. Se pellizcó las mejillas y bajó las escaleras para reunirse con Thomas. Cuando lo vio, se le cortó la respiración y lo mismo debió de ocurrirle a él, porque ambos se quedaron mirándose durante un buen rato. Thomas llevaba el pelo perfectamente peinado, algo inusual en él y lucía un traje negro, muy elegante, que le sentaba como un guante. Estaba perfectamente afeitado y olía a jabón. Él fue el primero en reaccionar. Le ofreció el brazo y ella la tomó agradecida.

—Estáis muy guapa, pero parecéis cansada. —Thomas sintió su delgada y suave mano bajo la suya.

—Sí, es esta herida. Todo lo que hago me cuesta horrores.

—Es normal. Tenéis un corte muy largo muy profundo que tardará en sanar. Iremos al teatro en coche. Se hará en la parroquia, porque el tiempo amenaza lluvia y después vendremos aquí. Podréis descansar un rato antes de ir a ver a Alan.

—¿Dónde está Alan? —preguntó Alison con curiosidad.

Thomas la miró preguntándose si debía decírselo o no, aunque se iba a enterar tarde o temprano. Le puso una capa encima y la guió hasta el interior del coche que los llevaría al teatro.



Alison pensaba que no le iba a contestar cuando por fin habló.

—Alan y sus amigos solían frecuentar una taberna que hay entre Londres y Sutherton. Habían formado un club y allí pasaban las horas. Cuando el dueño murió sin descendencia, Alan se la compró a la mujer.

—¿Tiene una taberna? —preguntó Alison estupefacta.

—Bueno, sí. De hecho es una especie de... —Thomas miró hacia otro lado.

—De prostíbulo —terminó Alison por él. —¿Esas son sus fuentes? —Thomas asintió y la miró. Se había ruborizado, pero también había ira y decepción en sus ojos. El hombre de sus sueños había resultado ser un espía, un libertino y un hombre detestable que no pensaba más que en cortejar cuantas mujeres pudiera. ¡Qué tonta había sido! ¡Qué ingenua e inocente!

Thomas se convenció de que había hecho lo correcto, pero no por eso se sintió mejor. Al fin y al cabo, y por mucho que lo odiara ella iba a enterarse aquella misma noche. Era mejor prepararla para lo que iba a ver, se aseguró.

—Es un lugar elegante, no es un sitio cualquiera —dijo Thomas intentando reducir la tensión que se había formado.

—Nunca lo hubiera dicho. —susurró sintiéndose humillada.

—No, ni yo. Aún y así necesitamos que vengáis con nosotros. Sólo vos...

—Por favor, tratémos con familiaridad. Después de lo que estamos viviendo, esto no tiene sentido. —Thomas asintió complacido.

—Sólo vos... —Ella lo miró y negó. Les iba a costar tratarse con menos formalidad —. Tú puedes reconocerlos.

—No te preocupes. Iré, aunque tenga que ser allí.

## CAPÍTULO CINCO

Cuando llegaron a la iglesia donde se iba a representar la obra de teatro, ambos se vieron envueltos en un ambiente festivo. Había mucha gente de todos los niveles sociales y de todas las edades comprando en los puestos que se encontraban en el exterior mientras esperaban a que se abrieran las puertas. Alison miró las telas, los utensilios de cocina y las cestas con ilusión y Thomas disfrutó de su compañía. Le asombraba el hecho de que pudiera ilusionarse tanto por un trozo de tela. Justo en aquel momento pasó un niño de unos dos años por un lado y se agarró a la pierna de Thomas llorando. Éste lo miró sorprendido durante un segundo y después lo tomó en brazos bajo la penetrante mirada de Alison. El niño rió al verse lanzado por los aires y Thomas rió con él. Cuando la madre, apurada, encontró a su hijo suspiró inmensamente aliviada. Después de pasar contento a los brazos de su madre, el pequeño obsequió al gigante con un beso.

—No sabía que te gustaran los niños. —dijo Alison con un nudo en la garganta.

—Me gustan mucho. Siempre he deseado tener hijos, —ella sonrió —supongo que es una debilidad.

—Oh, no creo que sea una debilidad en absoluto, pero entonces, ¿por qué no te has casado?

—¿Cómo sabes que no me he casado? —preguntó intentando aparentar que aquella pregunta no le afectaba.

—¿Te has casado?

—No. Pero el por qué no puedo contártelo ahora. Es... —Thomas bajó la cabeza con ojos tristes y se frotó las manos.

—Doloroso. —Él asintió —No te preocupes, no tienes que contármelo. No suelo ser tan preguntona, pero... —mover la cabeza sin saber cómo seguir y él rió.

—No pasa nada. —Un mechón de pelo se había salido de su recogido y Thomas se lo metió por detrás de la oreja antes de poder reprimirse. Ella se sobresaltó. —Lo siento, no era mi intención asustarte.

—No me he asustado, es sólo que no estoy acostumbrada. —Thomas la miró preguntándose si podría reprimir el deseo de besarla, pero entonces ella se volvió dándole la espalda y le estiró del brazo.

—¡Mira, vamos, ya han abierto!

Entraron abriéndose paso entre la pequeña multitud y se sentaron en unos estrechos bancos situados en un lateral del escenario, donde correspondía a la gente pudiente. El resto de los asistentes se sentaron en taburetes en el centro, o bien permanecieron de pie. Alison miró a Thomas emocionada. Nunca había asistido a una obra de teatro fuera de Sutherland y era una experiencia que estaba dispuesta a repetir. La obra fue muy divertida y Alison no paró de reír. Thomas también disfrutó de la obra y se rió con ganas en un par de ocasiones.

Estaba representada al más puro estilo isabelino y las mujeres eran en realidad muchachos disfrazados. El vestuario era muy bueno y apenas hacía falta decorado, ya que lo más importante era el juego de palabras que se dirigían los protagonistas.

—Había leído la obra, pero es mucho más divertida representada —dijo Alison dirigiéndose al coche de caballos de Thomas.

—Sí, es cierto. Es una obra que siempre me ha gustado. Esa rivalidad, esa rapidez de palabra me asombra.

—Ojalá... pudiera conseguir que alguien me amara de esa manera. —Alison se preguntó por qué demonios había dicho eso y se sonrojó violentamente.

—A mí no me gustaría que mi esposa tuviera la lengua de Beatriz, te lo aseguro. —Alison rió agradecida de que hubiera cambiado de tema y subió al coche de caballos ayudada por Thomas.

—Las conversaciones entre Beatriz y Benedicto son divertidas, pero si existieran en la vida real, ambos serían insufribles.

—Tenéis razón, mi señora. Demasiado rodeo para decir cosas sencillas. Y os aseguro que las frases importantes no necesitan de muchas palabras.

Cuando llegaron a casa de Alison se había producido una familiaridad entre ellos que antes no había existido. Habían reído juntos y también habían tenido conciencia de un pasado doloroso, lo que había aumentado el respeto y la comprensión. Thomas le quitó la capa y ella misma se deshizo de sus guantes. En el interior de la casa se estaba bien gracias a los fuegos debidamente abastecidos. Thomas entró en el salón seguido de Alison.

—Tienes tiempo de acostarte si quieres —ella ya no parecía cansada, sino feliz.

—Tomaré el té contigo, si no te importa. —Alison se avergonzó de repente por su osadía. — Todavía es pronto para acostarse.

—Por supuesto, agradeceré tu compañía. —Thomas se preguntó si alguna vez dejaría de sonrojarse por todo y se recordó que seguramente aquello se debía al hecho de que ella era totalmente inocente.

Alison salió para pedir a su criada que les sirviera el té en el salón y después se sentó junto a Thomas en un sillón situado debajo de la ventana.

—Es un jardín precioso. Ojalá mi jardinero fuera capaz de distribuir las flores para que hicieran figuras.

—Oh, eso, señor —dijo Alison sonriendo —no lo puede hacer ningún hombre.

—¿Ah, no? —Thomas levantó una de sus cejas claras. —No estoy de acuerdo. De hecho, ¿su jardinero es una mujer? —preguntó intrigado.

—Sí, soy yo misma.

—¿Tú? —preguntó sorprendido. Alison asintió orgullosa.

—Me gustan las rosas. Tengo un rosal trepador con injertos de manera que de un mismo rosal salen rosas de distintos colores.

—No sabía que eso fuera posible. —admitió interesado.

—Pues lo es —la criada llevó el té y lo puso sobre la mesa —tengo un libro que lo explica todo.

—Quizá pudieras prestármelo —sugirió Thomas.

—Por supuesto. En cuanto pueda, lo buscaré. Se me hace raro estar contigo sin Albert — confesó cambiando de tema.

—Vendrá a buscarnos para que vayamos a ver a Alan. Es mi mejor amigo, además de mi sirviente más eficaz. Si alguna vez necesitas ayuda y yo no estoy, acude a él.

—Lo recordaré. Tenéis mucho en común, pero a la vez... —él rió mostrando unos dientes perfectos y estiró las largas piernas, dejando que sus lustrosos zapatos brillaran bajo la luz de las velas.

—Sí, los dos somos enormes. Él es medio español. Nos conocimos cuando luchábamos allí. Enseguida congeniamos y comprobamos que hacíamos un buen equipo. La guerra lo defraudó y mató a toda su familia. Cuando le ofrecí venir conmigo, aceptó sin pensarlo dos veces. De vez en cuando vuelve a visitar algún pariente lejano, pero su hogar, según dice, está aquí.

—¿No temes que algún día se vaya?

—Supongo que me entristecerá —dijo encogiéndose de hombros —pero es libre de hacer lo que quiera. Y ahora... tenemos que hablar de algo más importante. —Se sentaron a la mesa en la que tenían el té preparado y Mark se llevó a la boca un trozo de bacon. —¿Qué sabes del corso?

Alison pensó durante unos segundos antes de contestar. No sabía gran cosa de él, o por lo menos no más de lo que sabía todo el mundo, pero entendía por qué le hacía esa pregunta. Era un tema de extrema gravedad.

—Muy bien. Parece ser que tengo en algún sitio de mi propiedad algo que perteneció o todavía pertenece a Napoleón. Sé que mi padre ha tenido algo que ver y me ha puesto en peligro. —Thomas vio dolor y furia en sus grandes ojos verdes. —También sé que es culpable de que los precios hayan subido debido al bloqueo económico que ha impuesto a Inglaterra.

—Y que no tendrá éxito, ¿sabes por qué?

—Claro que sí. Mientras Inglaterra se pueda abastecer, no habrá problemas. Además, todo el mundo sabe que nuestros barcos son los mejores. Lo demostraron en la batalla de Trafalgar. Por cierto, ¿Sabes que Josefina, la esposa de Napoleón tiene los dientes podridos? —Thomas rió y tomó la copa de coñac que le ofrecía Alison.

—Lo ignoraba, ¿Cómo lo sabes?

—Oh, todas las mujeres lo saben. Se tapa la boca con el abanico y apenas abre la boca para no enseñar los dientes. Además huele mal, porque Napoleón dice que le gusta más cuando no se baña. Napoleón no permite que se laven ni los caballos. —Thomas se dobló incapaz de dejar de reír. Hacía mucho tiempo que no se reía tan a gusto, pero ella no lo sabía.

—Eres una fuente de conocimiento inestimable, mi señora, pero ahora quisiera hablar en serio. ¿Qué sabes de Napoleón?

—Bueno, sé que es un general que nació en Córcega y lo llamaron desde Francia, para ponerlo al mando de los ejércitos franceses. Gracias a él los ejércitos sardo y austriaco abandonaron Italia. Después siguió con sus tropas hacia Viena. Intentó debilitarnos a nosotros ocupando Egipto y cortando las comunicaciones en la India. El veintitrés de julio de 1798, Nelson destruyó la escuadra francesa, pero él siguió hacia Siria. Mientras tanto, en Francia corría peligro el gobierno republicano y Napoleón volvió y se nombró cónsul provisional, primer cónsul y cónsul vitalicio. Después, convirtiendo al papa en un títere... Ups, lo siento, bueno... déjame pensar... se corona él mismo emperador. Más tarde se convierte en rey de Italia. A pesar de las coaliciones de Gran Bretaña, Napoleón sigue ganando batallas, se hace amo de Europa y la reparte entre sus familiares. Por lo menos, —dijo en voz alta —la guerra de España contra Francia nos ha permitido respirar un poco. Muchísimos franceses han muerto. —Thomas la miró asombrado incapaz de cerrar la boca. Era algo insólito que una mujer tuviera una perspectiva tan clara de la situación política de un país extranjero. Alison no pudo evitar sonreír orgullosa, por haberlo sorprendido.

—Creí... creía que a las mujeres no les interesaba la política.

—Y no les interesa. Pero Mark no lo sabía y nosotros pasábamos horas hablando de ello. Supongo que mi hermano no sabía de qué más hablar conmigo —dijo un poco triste de repente.

—Napoleón está siendo un problema con ese afán que tiene de hacerse dueño del mundo, creyéndose hijo de Alejandro Magno, pero es un hombre muy listo y peligroso.

—Debe serlo si ha llegado hasta donde está.

—Sí. En todas las batallas hace gala de ser un estratega único. Basa sus movimientos en la rapidez de maniobra, pues se mueven rápido por la noche para sorprender al enemigo y divide a su ejército para atacar distintos frentes. Tiene un ejército pasivo cuya misión es resistir. Otro activo, que se encarga de atacar y otro de reserva para reforzar los ejércitos anteriores. Y además

sabe que el efecto psíquico del ejército que se ve cercado es muy importante para la victoria. Sí, no cabe duda de que es un hombre listo.

—Sí, pero eso no le está sirviendo de mucho en España.

—Los españoles hacen la guerra de otra forma. Son fogosos y apasionados en lo que hacen y se reúnen en guerrillas que van minando las fuerzas poco a poco, a costa de numerosas vidas humanas. —Thomas se levantó y se terminó el coñac que le quedaba de un trago.

—Estuviste allí, ¿verdad? —Alison lo miró. Su rostro se puso serio de repente. Había anochecido ya y en el exterior se oía el viento rugiendo con fuerza.

—Sí. Luché con los españoles y allí conocí a Albert. Estuvimos allí casi un año, pero me hirieron y Albert me trajo a casa. —Ella asintió. —Yo no quería ir, pero fui en sustitución de Alan.

—¿De Alan? —preguntó cuando por fin consiguió encontrar su voz. —Fuiste generoso. —No sabía qué decir. Era algo insólito ir a la guerra en vez de otro hombre. Ni siquiera sabía que aquello se pudiera hacer.

—No se trató de generosidad. Por una parte me obligaron y por otra, me obligué yo a hacerlo. —Negó con la cabeza consternado —Quizás más adelante...

—Eres un hombre de muchos secretos —dijo Alison cada vez más intrigada.

—No. Sólo uno, que tarde o temprano te contaré. —Thomas apoyó su blanca mano sobre su negro pantalón y Alison observó absorta aquel contraste de colores. Después de unos segundos, volvió a la conversación.

—No creo que tarde mucho en descubrirlo. Soy una preguntona.

—Ya lo he averiguado, señorita. Y ahora, debemos irnos.

—¿Ya? Pero si no ha venido Albert.

—Está esperándonos fuera. Acabo de oír el carruaje. —Alison pareció dudar y dio un paso hacia atrás inconscientemente. —¿Tienes miedo?

—Un poco. Después de haber hablado de Napoleón, creo que estoy metida en un buen lío.

—Por eso te he pedido que me hablaras de él. Pero no te preocupes. Todo el Servicio de Inteligencia Británico está contigo.

—¿El Servicio Británico? —preguntó mirándole directamente a los ojos.

—El Gobierno. —Thomas se preguntó si hacía bien en ser tan claro con ella.

—¿Y cómo saben ellos...?

—Alan es uno de ellos. Él se lo ha contado y créeme, es mejor tenerlos de tu lado. —Thomas le agarró del brazo y con suavidad la empujó hacia la puerta.

Entraron en el coche de caballos y saludaron a Albert, que les esperaba en su interior. Los coches de caballos no solían ser espaciosos, pero con aquellos gigantes allí el espacio le pareció a Alison más reducido que nunca. Se sentó al lado de Thomas y sus cuerpos se tocaron con cada sacudida que daba el coche. Ambos eran conscientes de cada roce y se miraban avergonzados. Alison se sintió cada vez más nerviosa y para cuando el coche paró enfrente de una taberna solitaria situada en medio del camino creía que su corazón le iba a estallar. Thomas le tomó de la mano y le puso su brazo sobre sus hombros esperando que lo rechazara, pero ella no lo hizo. Lo miró a los ojos y se arrojó más a él, comprendiendo sorprendida que se sentía bien a su lado. Era realmente, tal y como había dicho Albert, un caballero. Antes moriría que abandonarla. El ser consciente de este hecho le hizo tener confianza en ella misma, algo que iba a necesitar muy pronto.

—Ya no estoy sola, ¿verdad? —preguntó a Thomas parándose justo delante de la puerta. El hombre sintió que aquella pregunta lo desarmaba. Se le veía tan frágil y tan asustada, que su

intención de protegerla se había convertido casi en una obsesión. Si ella supiera cuánto la amaba no le habría hecho esa pregunta, pero todavía no era el momento. Antes se aseguraría de que ella lo amara también a él.

—No, Alison, ya no estás sola. Yo no te abandonaré —dijo agachándose y dándole un beso.

Alison recibió el beso y participó de él sorprendida por su osadía, pero ya no estaba sola. Ahora tenía a Thomas y lo iba a retener a su lado. Ella también lo protegería y le daría lo que su corazón necesitaba. Al fin y al cabo, él también era un alma solitaria y ella bien sabía lo que era aquello. Nunca había pensado que pudiera existir una persona con un corazón tan generoso. Era un ángel guerrero que evitaba la violencia siempre que podía, lo que no hacía sino hablar en su favor. Alguien que la respetaría y la protegería. Un hombre que se dejaría amar y cuidar, sin pensar que era dueño de su mujer. Sí, deseaba un hombre así. Era lo que siempre había deseado.

Albert tosió devolviéndolos a la realidad y llamó a la puerta. Entraron en un gran recibidor después de Albert. Decorado con todo lujo, daba acceso a varias habitaciones y terminaba en una amplia escalera que subía al segundo piso. Albert habló con el mayordomo que se encontraba al pie de la escalera y pasaron por una puerta que se hallaba oculta detrás de un magnífico tapiz. Un gran despacho apareció ante sus ojos. No tenía ventanas, pero en una de sus paredes había una enorme chimenea de mármol negro. Alison se preguntó de dónde la habría sacado. Una mesa de roble con las patas talladas presidía el lugar, apoyada sobre una lujosa alfombra roja. Se preguntó si el mismísimo rey podría permitirse un mobiliario tan caro. Había un par de mesas pequeñas con vasos y botellas distribuidas por la sala, rodeados de sillas con respaldo alto y tapizadas de rojo. Thomas y Albert se sentaron y le ofrecieron a Alison una silla que aceptó. A los hombres se les veía cómodos, pero la mujer estaba nerviosa.

De repente, una de las paredes giró y apareció Alan. Dio una seca bienvenida a los hombres, pero se deshizo en elogios con la mujer. Alison agradeció sus cumplidos y miró a Thomas, que la miraba serio desde la distancia. En sus ojos, la tormenta de los celos brillaba con furia, oculta tras una aparente calma que no engañó a la mujer. Él no le había pedido nada, pero sentía que aceptando la galantería de Alan le estaba traicionando. Cuando Alan se volvió para hablar con los hombres, Alison se soltó de su brazo y se agarró a Thomas. Ambos la miraron sorprendidos, pero éste último aprovechó el momento y le pasó un brazo posesivo por los hombros. Alan no se tomó bien ese gesto y se volvió hacia la puerta. Las mujeres iban a él, corrían para verse entre sus brazos, no para estar entre los de Thomas. Furioso, abrió la puerta y los guió a través de una serie de túneles hasta una habitación. Allí, por medio de unos agujeros hechos certeramente en la pared, se veía a un par de hombres besando y tocando a una mujer. Alison se tapó la boca sorprendida y escuchó con atención. Después se volvió hacia Thomas y asintió.

—Son ellos, no me cabe ninguna duda —el hombre recogió sus dedos en dos potentes puños.

—Voy a matarlos —aseguró Thomas furioso recordando que la habían herido.

—Thomas, recuerda las normas. Aquí, no. —Alan le agarró los brazos con firmeza.

El hombre pelirrojo se obligó a tranquilizándose y se pasó sus enormes y blancas manos por el pelo.

—Alan, —dijo Albert —haz una excepción, se nos pueden escapar.

—No. Podéis quedaros aquí para ver si se van de la lengua, pero no podéis tocarlos.

—¿Que no podemos tocarlos? —Thomas lo miró dispuesto a atacar, sintiendo cómo la sangre corría rápida por sus venas.

—No. Y son órdenes.

—Maldita sea, yo ya no estoy a tu servicio —Thomas reprimió el impulso de atacar. —No tengo por qué obedecer.

—Uno de ellos es francés y el otro es inglés. No sé a quién iba dirigido el paquete. Quizá el padre de Alison tan sólo fuera el mensajero. Lo ignoramos. Pero sea como fuere, no llegó a su destino o no lo estarían buscando con tanta insistencia.

—Sí, ya veo la insistencia —dijo Alison sarcástica.

—Tenéis órdenes de encontrarlo antes que ellos y de entregarlo inmediatamente —Alison frunció el ceño ante el tono amenazador de la orden. Ella no estaba acostumbrada a obedecer. —Y Thomas, ya sabes quién lo ordena. No trabajas para mí, pero obedecerás.

—Muy bien —dijo Thomas impidiendo hablar a Alison alzando la mano.

—No los toquéis —les advirtió Alan antes de irse.

Thomas y Albert se hicieron dueños de los agujeros, impidiendo que Alison viera, pero a ella no le importaba. No paraba de dar vueltas por el estrecho y sofocante pasillo, preguntándose cómo pudo alguna vez haber encontrado a Alan tan irresistible. Era guapo, sí, pero ya no le atraía. Lo que había aprendido de él, unido con el acercamiento que había tenido Thomas hacia ella, había hecho que cambiara de opinión.

—¿Habéis oído algo? —preguntó Alison cansada de esperar en un lugar tan sombrío.

—Shh —Thomas se volvió y pidió silencio. Después volvió a acercar la oreja a la pared y escuchó.

—Maldito viejo, —maldijo el inglés ignorando a la mujer que yacía desnuda a su lado —sin las cartas no podremos preparar nada. ¿Sólo sabes que hablaba de Rusia?

—No sé muy bien de qué hablaba en las cartas, sólo tengo una vaga idea. —contestó el francés —Pero tenemos que encontrar las cartas. Se supone que Napoleón necesita el informe de tu espía inglés para conocer la situación y las intenciones de Inglaterra y Rusia.

—No te preocupes. Las tiene que tener la mujer. Nos llevará un poco de tiempo, pero al final lo conseguiremos.

Thomas y Albert se miraron serios. Tenían que encontrar las cartas cuanto antes. Thomas cogió a Alison de la mano y emprendieron el camino de vuelta. Alan les esperaba en el despacho.

—No sé que le has visto a ese hombre, pero no cabe duda de que estás ciega. —Alan no podía soportar ver la familiaridad con la que se trataban Thomas y Alison.

—¿Qué pasa, Alan, no te bastó con lo de Julia? —preguntó Thomas más furioso de lo que se había sentido nunca.

—¿Quién es Julia?

—Su mujer, su esposa —Alison creyó que le iba a dar un ataque de la conmoción.

Alan lo miró furioso, pero la ira que se veía en los ojos de Thomas era superior.

—¿Te has propuesto quitarme todas las mujeres que deciden darme una oportunidad?

—¡Yo tuve que compartir mi madre contigo y tú tan sólo eras un bastardo! —definitivamente a Alison iba a darle algo.

—Ajá, así que era eso. Tu madre no me soportaba. No podía mirarme a la cara sin sentir repugnancia. —Thomas y Alan se pusieron uno frente al otro, preparados para el combate. —¿Y quién crees que te cuidó? ¿Tu madre? No, Alan, lo cierto es que tu madre nos abandonó mucho antes de lo que piensas.

—Nos escribía. —Alan se quitó un oscuro mechó de su frente de un manotazo y abrió las piernas en posición de combate.

—Nunca nos escribió. Todas las cartas las mandaba yo para hacerte feliz. Escribí todas y cada una de ellas. Empecé a hacerlo cuando ella desapareció.

—¿Tú las escribiste? —Alan sabía que Thomas nunca le mentiría. Cerró las piernas y lo miró con impotencia, abandonando toda la ira que había sentido.

—Así es. —Thomas bajó la cabeza y Alan se dejó caer abatido sobre la silla de terciopelo.

—¿Y los regalos?

—Todos míos. —Thomas lo miró a los ojos para que viera que decía la verdad. Ya era hora de hablar, de confesar, de quitarse aquella carga que había llevado sobre sus hombros durante tanto tiempo.

—No es posible. Eras muy pequeño.

—Yo te adoraba. —Thomas bajó la cabeza apesadumbrado. Era tan doloroso hablar del pasado...

—¿Por eso suplicaste ir a España en vez mía? —Alan se enjugó el sudor de su frente con un pañuelo.

—Sí, pero no sólo por ti. Julia se merecía ser feliz. Es cierto que me abandonó por ti, pero creo que ya ha pagado bastante por eso. Estaba muy enamorada de ti y supongo que todavía lo está, pero la has apartado de tu vida. Es buena y cariñosa. Desea tener hijos, Alan, pero tú siempre llegas a casa agotado. ¿Qué vas a hacer cuando te abandone?

—Julia nunca me abandonaría. —Levantó la barbilla con orgullo, pero la duda brilló en su intensa mirada.

—¿Por qué no? Iba a estar igual de sola. No sabes apreciar lo que tienes, Alan, nunca lo has sabido. Padre te adoraba. A mí, tan sólo me toleraba. Nunca fui educado como tú, ni tuve la suerte de tener a Julia en mis manos. Te libraste de la guerra y del dolor que ella causa. —Negó con la cabeza mientras cerraba los ojos con dolor—. No, Alan, tienes suerte y siempre la has tenido, pero nunca has sabido apreciarla. Yo siempre te traté y te quise como a un hermano.

Los dos hombres se miraron fijamente durante unos segundos. Habían hablado de temas muy dolorosos y se sentían vulnerables y desprotegidos. Nunca se habían sentido así antes y no les gustaba. Sabían qué era recibir las heridas de otros, sacrificarse por el bienestar de los demás, luchar a muerte en el campo de batalla, pero no tenían ni idea de cómo enfrentarse a sus propios sentimientos de dolor, decepción y soledad. Sentimientos que habían estado ocultos en su interior desde su más tierna infancia.



## CAPÍTULO SEIS

Thomas agarró a Alison de la mano y salió del despacho dejando a Alan sentado, con los hombros hundidos. Había sido una conversación agotadora y los dos necesitaban alejarse el uno del otro durante un tiempo. Caminaron durante unos pocos minutos hasta llegar a su coche bajo una densa y fría niebla y Alison se acercó más a Thomas, pero él no le ofreció el consuelo y calor de su propio cuerpo. Cuando entraron en el carruaje, Alison y Albert se miraron preocupados. Thomas se encontraba en un estado miserable. Tenía la ropa arrugada y los ojos hundidos. El pelo despeinado le caía por los hombros de cualquier manera y se hallaba tenso como la cuerda de un arpa. Se miró las manos y las abrió y las cerró una y otra vez hasta que el coche se detuvo en frente de la casa de Alison.

En un día estaría instalada en la lujosa mansión del hombre derrotado que tenía al lado. Bajaron del coche en silencio y Thomas se encerró en la biblioteca. Cuando Albert y Alison se dispusieron a seguirlo, él les impidió el paso con su cuerpo.

—Iros a la cama. Necesito estar solo —Alison y Albert se miraron preocupados durante un segundo, pero obedecieron.

Alison se sentía abatida y no podía dejar de pensar en aquel niño pequeño que intentaba a toda costa que su hermano fuera feliz. Recordaba los rumores que se habían extendido relativos a su familia. La madre de Alan los había abandonado antes de morir en extrañas circunstancias. Se decía que se había disparado en una de las casas que tenía el viejo conde, pero no sabía qué había de cierto en ellas. ¿Ya entonces, Alan habría sido un niño guapo que atraía las simpatías de todos? Alison pudo imaginarse a Thomas, serio y responsable viendo cómo su hermanastro se llevaba las simpatías de su padre mientras él era una y otra vez relegado. Se puso el camisón y destapó la cama, pero se encontraba demasiado angustiada como para dormir. Necesitaba hablar con alguien, pero ¿con quién? Quizá ya fuera hora de arriesgarse. Había encontrado un hombre por el que merecía la pena luchar y tenía que hacer algo para no perderlo. Tenía que conseguir que él la quisiera. Había pasado la vida pensando que debería haber hecho algo para recuperar de algún modo el amor de su padre, pero el miedo y el respeto habían impedido que ella diera el primer paso y su padre nunca lo dio. Con aquel hombre no esperaría. Él era un hombre distinto, alguien a quien amar. Alguien que había sufrido la soledad tanto como ella.

Casi inconscientemente cogió la vela que había sobre una de las mesillas y se acercó a la habitación de Albert. Llamó despacio y esperó. El gigante moreno abrió la puerta descalzo y con el torso desnudo, mostrando una abundante pelambreira negra en su pecho. La miró con sorpresa y alzó una ceja a modo de interrogante.

—Yo... —Alison se sintió estúpida de repente. Allí estaba ella, descalza y medio desnuda, delante de un hombre del que no sabía casi nada. —Necesito hablar con alguien. —El gigante la miró un segundo antes de asentir.

—Poneos la bata y bajemos al salón. No quiero tener que batirme en duelo con Thomas por usted.

—Él no tiene ningún derecho sobre mí —dijo molesta por aquel comentario.

—No, pero os ama.

—¿Me ama? —preguntó confundida y esperanzada.

—Sí y cuando el señor Salisbury ama lo hace con todo su corazón. Vamos, váyase. Os esperaré en el salón.

Alison volvió a su cuarto pensando en las palabras del español. Se sintió exultante, feliz. La amaba. Él la amaba y ella lo amaba a él. Se puso la bata y las zapatillas y bajó al salón. Albert todavía no había llegado, así que encendió las velas y la chimenea y se sirvió un vaso de coñac mientras lo esperaba. Nunca bebía, pero estaba segura de que en ese momento era lo que necesitaba.

Cuando Albert se presentó ante ella, estaba totalmente vestido. Se sirvió otro vaso de coñac y se sentó en frente de la mujer.

—Supongo que querréis saber a qué ha venido lo de esta noche entre Alan y Thomas.

—Creo que me sentiría mejor si lo entendiera.

Thomas escuchó voces al otro lado de la pared. Albert hablaba excesivamente alto, como si le avisara de que estaban allí. Se acercó un poco más a la pared. Albert hablaba con alguien, pero ¿con quién? Escuchó toser. ¡Era Alison!

—Normalmente no le contaría esto a nadie, milady pero creo que debéis saber algunas cosas —Thomas escuchó estas palabras y asintió. Sí, era mejor que Albert le contara todo. Si iba a casarse con él, y lo haría, debía conocer toda la historia, pero no estaba seguro de poder soportar las preguntas de ella durante tanto tiempo sin conseguir un buen dolor de cabeza, así que escuchó, rezando para que su amigo supiera hacer las cosas bien. Albert había callado, como esperando alguna señal que le impidiera seguir hablando, pero la señal no llegó y él continuó.

—No gritéis tanto, el señor Salisbury ya debe estar durmiendo —los hombres sonrieron en distintas habitaciones.

—Oh, sí, pero duerme como un tronco. Nada le despierta, así que no os preocupéis. —Thomas intentó reprimir la risa. Aquella mujer era simple y llanamente adorable. —Bueno, ya habéis oído parte de la historia. El resto es que el padre de Alan tuvo una aventura con una de sus sirvientas y nació Thomas. La madre de Alan no supo nada hasta que la mujer murió y el viejo conde dio al niño su apellido y lo llevó a vivir con ellos en memoria de su madre, a quien realmente amaba. Alan y Thomas se criaron juntos. Alan era mayor, pero tenía un carácter caprichoso. Quería al niño, pero a la vez tenía celos de él. La madre de Alan no soportaba a Thomas, pero guardaba las apariencias delante del viejo conde. Cuando Alan y Thomas empezaron a llevarse mejor, la madre de Alan decidió irse. La encontraron muerta en la casa que el conde tenía y ahora tiene Thomas en Bath. Yo pienso que la mujer no estaba bien del todo, aunque no la conocí.

—Thomas debió de sufrir mucho.

—Sí. Tuvo que madurar muy rápido. Había una criada llamada Martha que lo cuidó y lo educó como si fuera su propio hijo, pero después se casó y ella también lo abandonó. No se llevaba bien con la condesa y eso le causaba numerosos problemas.

—¿Por qué llamaron a Alan a la guerra? Siendo un conde podía haberse librado perfectamente.

—Alan había dejado embarazada a Julia y tuvo miedo. Se alistó en el ejército.

—¡Qué cobarde! —exclamó indignada.

—Bueno, por aquel entonces era joven y estúpido. —Albert se encogió de hombros —Después se fue enamorando de ella y finalmente se casaron. Ella tuvo un aborto natural poco después de la boda y fue entonces cuando llamaron a Alan.

—Ya. Y Thomas, que había estado enamorado de ella se ofreció a ir en su lugar.

—Sí. No soportaba verlos juntos, pero tampoco soportaba verla sufrir.

Alan se acostó con ella mientras Thomas la cortejaba.

—¡Oh, dios mío! ¿Y qué tal se llevan ahora, todavía...? —Alison estrujó nerviosa el borde de

la manga de su hermosa bata.

—¿Siente algo por ella? —Alison asintió temblado —Lo queréis, ¿verdad? —Thomas pegó la oreja a la pared dejando de respirar.

—Creo... creo...

—Vamos, señora, no sois una cobarde. —El español le sacó la lengua provocándola.

—Sí, lo amo. O por lo menos eso creo. Nunca me han besado, ni me han cortejado y todos los hombres de mi vida... —Alison dejó de hablar para enjugarse una lágrima y Thomas pensó que se ahogaba al darse cuenta del dolor que ella llevaba dentro.

—Vamos, tranquila, no lloréis —pidió Albert incómodo —¿Qué hicieron todos los hombres de vuestra vida?

—Me abandonaron.

—Y teme que Thomas os haga lo mismo —el hombre aludido bebió el contenido del vaso de un trago, tenso como no había estado nunca.

—Sé que él es distinto. Es un caballero. Pero es algo que llevo dentro y no me deja disfrutar del todo de la vida. Amo a Thomas —dijo haciendo que los dos hombres sonrieran —pero temo... perderlo. ¿Qué siente él por Julia? —preguntó temerosa.

—Bueno, la conducta de ella lo desengañó. Ahora le tiene cariño, compasión y quizás también un poco de rencor. Supongo que él os lo explicaría mejor que yo.

—Me alegro de que me hayáis contado todo esto, Albert, ahora me siento mejor. Me habéis ayudado mucho.

—Ha sido un placer. Puedo ayudaros un poco más, si queréis.

—¿Ayudarme? —Él asintió divertido.

—Sí. Nunca habéis sido besada por ningún hombre. Si yo os beso podréis comprobar lo que sentís por Thomas —El hombre pelirrojo resbaló y cayó al suelo en la otra habitación. Iba a matarlo. Entonces, ella habló y él tuvo que correr para enterarse de lo que decía. Se negaría seguro.

—¿No se enfurecerá si se entera?

—No, por supuesto que no. No se enterará.

—En ese caso...

Albert se acercó a Alison y la besó castamente en los labios.

—¿Os ha gustado? —preguntó después de un rato que a Thomas le pareció eterno.

—No, —Alison frunció el ceño —no mucho.

Después de que Alison subiera a su cuarto para acostarse, Thomas entró en el salón como un rayo.

—¡La has besado! —dijo furioso al hombre que le sonreía satisfecho, repantingado en una silla.

—Tenías que ver su cara, Thomas. —dijo ignorando las palabras de su amigo.

—¿Dónde la besaste?

—En la boca.

—¡En la boca! ¿Con lengua? —preguntó agarrándole de la camisa.

—No. Tan sólo apoyé mis labios sobre los suyos. Le di un beso casto, te lo juro. Fue el mismo beso que le diste tú hace unos días. —Thomas retiró la mano.

—¿Por qué lo hiciste?

—Para demostraros a ambos que os queréis.

—Yo ya lo sabía.

—Sí, pero no estabas del todo seguro.

—Te habría pegado.

—Lo sé, pero yo me habría defendido. Nunca haría nada que pudiera causarte dolor.

—Lo sé, amigo —dijo sirviendo dos vasos de whisky —bebe conmigo. Me ama, lo ha dicho.

Los dos hombres se sentaron y bebieron sintiéndose cómodos. El ambiente era de camaradería y se dejaron llevar por el silencio, tan sólo interrumpido por el crepitar del fuego.

—Le ha dado asco —aseguró Albert fingiendo estar apesadumbrado.

—¿Asco? —preguntó Thomas sin entenderlo.

—Sí, el beso, creo que... —Thomas empezó a reírse a carcajadas. Sí, Alison era capaz de poner cara de asco después de un beso.

Se retiraron tarde. Cuando Thomas se acostó, escuchó un sonido de pasos en el pasillo. Cogió la pistola que tenía debajo de la almohada y se metió en la cama. La puerta se abrió despacio y Alison entró susurrando su nombre. Thomas se preguntó si se sentiría culpable por lo del beso y prefirió ahorrarle ese mal trago.

—Thomas... ¿Estás dormido? —el hombre roncó y se dio media vuelta. —Quizás sea mejor así. Ojalá pudieras jurarme que nunca me vas a abandonar. No podría pedirte esto si estuvieras despierto, pero no puedo dormir y creo que voy a volverme loca. ¿Sabes? Nunca he visto a un hombre desnudo. Voy a besarte, pero sólo es para saber una cosa. —Alison levantó las mantas y vio que el hombre dormía con calzones. Observó y tocó sus largas y fuertes piernas. Si Thomas no hubiera tosido y ella no lo hubiera tapado para que no se enfriara, Alison habría observado cómo evolucionaba una erección. Dispuesta a marcharse antes de que él despertara y tuviera que dar explicaciones, se dejó guiar una última vez por su curiosidad y besó a Thomas en los labios. De repente, el hombre participó de ese beso. Cuando Alison se dio cuenta de que estaba despierto, se avergonzó y se separó de él azorada.

—Lo siento, no debería... Sólo quería saber si estabas bien.

—Lo estoy, pero mi salud puede mejorar. ¿Por qué no continúas con lo que estabas haciendo?

—¿Qué...estaba haciendo? —Thomas observó el virginal camisón que dejaba ver el rosado color de sus pezones y sintió una descarga en el mismo centro de su ser.

—Me besabas. —levantó la vista de su escote y la miró a los ojos.

—¿Te gustaría que lo repitiera? —preguntó sorprendida.

—Eres preciosa y tan inocente... —Thomas se incorporó y Alison pudo ver su torso desnudo —Pero no debo tocarte aún. No hasta que nos casemos.

—¿Casarnos? —la mujer lo miró con los ojos abiertos y Thomas pudo descifrar mucho en aquella mirada. Esperanza, anhelo, amor.

—Sí, Alison —dijo levantándose y arrodillándose en el suelo después —¿Te gustaría convertirte en mi esposa?

—¡Oh, dios mío! —Alison se tapó la boca antes de echarse a llorar desconsolada y Thomas maldijo por haberse precipitado.

—Lo siento. No llores, por favor. No pensé que... —Thomas se metió las manos en los bolsillos sintiéndose torpe y avergonzado, pero sobretodo hundido.

De repente, Alison lo miró sonriendo. Aquel hombre maravilloso le pedía matrimonio. ¿Cómo podía ser tan afortunada? Entonces reconoció la angustia y la humillación reflejadas en los ojos de él y se dio cuenta de que la estaba malinterpretando.

—Sí, claro que sí —Thomas tardó en reaccionar unos segundos, pero cuando comprendió por fin el significado de aquellas palabras la abrazó con fuerza, levantándola del suelo y girando con ella. Cuando la volvió a dejar en el suelo, ella puso en orden sus pensamientos.

—Pero... ¿Cuándo lo decidiste?

—Vas a venir a pasar una temporada a mi casa y la gente hablará. Arruinará tu reputación.

—No me importa mi reputación —el hombre vio que le había hecho daño aquella respuesta y se apresuró a corregirla.

—Bueno, quizás a ti no, pero a mí sí me importa. Pensaba pedirte matrimonio después de haberte cortejado en condiciones, pero todo va demasiado deprisa. Corres peligro y no... creo que pueda permanecer más tiempo contigo sin tocarte. Te amo, Alison, pero si te parece demasiado pronto —añadió sintiéndose inseguro de repente —podemos esperar.

—¡No! No quiero esperar. Yo... también te quiero. —aseguró fervientemente.

Thomas la abrazó y la besó comunicando toda su pasión y necesidad. Le acarició en sitios que ella no sabía que existieran produciéndole un placer indescriptible. Se sintió deseada y poderosa y comprendió por fin qué era ser mujer, pero cuando Thomas la tumbó en la cama, ella le puso una mano en su pecho, sintiéndose superada por todo aquel torbellino de emociones.

—Thomas... no sé qué hacer. A pesar de mi edad soy virgen. —Thomas se detuvo al instante. Aquellas palabras habían sido como un jarro de agua fría para él.

—Dios mío, Alison, lo siento. No sé qué me ha pasado. Tan sólo te haré el amor cuando estés preparada.

—¿Y cómo puede alguien estar preparado para algo que desconoce? —preguntó casi histérica. —Lo deseo, Thomas. Te deseo a ti y sólo te pido que me guíes.

—Alison... —Thomas intentó razonar con ella, pero en cuanto la vio en ropa interior todo razonamiento escapó de su mente. La ayudó a desprenderse de su corsé y la tocó y la besó mientras él mismo se desnudaba. Thomas se tomó su tiempo y supo apreciar el regalo que ella le ofrecía. Se tomó su tiempo, pasando sus rudas manos por la suavidad de su piel. Acarició y besó sus senos mientras ella se agarraba a su pelo y se convulsionaba de placer. Nunca había pensado que se podía sentir así y cuando el hombre acarició el centro de su ser, pensó que iba a morir. Estaba sorprendida por lo que estaba sintiendo y se encontraba disfrutando y anhelando el cuerpo masculino. Cuando por fin Thomas la penetró, Alison notó un terrible dolor, pero intentó relajarse para que pasara cuanto antes. Le ayudó ver que Thomas se había quedado quieto sobre ella, sudoroso y tembloroso, intentando darle tiempo para que su cuerpo aceptara al suyo. Después de unos minutos arrojó el miembro masculino con todo su ser, exigiendo que penetrara más profundo. Thomas no podía creer que una mujer tan pequeña pudiera albergarlo con la perfección con la que lo hacía ella. Cuando todo terminó se miraron incrédulos.

—Dios mío, Alison. Ha sido maravilloso. Encajamos como un guante. —Alison se sentía sudorosa y dolorida, pero no podía evitar sonreír.

—¿Nunca te había ocurrido?

—No. —Alison no pudo haberse sentido más feliz.

Thomas miró a la mujer que yacía a su lado. Nunca había hecho el amor de una forma tan satisfactoria y la besó con suavidad y ternura. Era tan pequeña que había temido hacerle daño, pero una vez más su fortaleza lo había vuelto a sorprender. Enseguida cayó dormida y él admiró su suave respiración y sus sensuales movimientos, antes de dormirse él mismo, abrazado a ella.

El amanecer los sorprendió abrazados, con las mantas revueltas a su alrededor. Cuando Mark abrió los ojos, se encontró con la mirada penetrante de ella y se preguntó si estaría arrepentida de su decisión de la noche anterior. No obstante, sus temores se disiparon en cuanto la vio sonreír.

—Me encantaría que me dejaras salir de vez en cuando a cabalgar.

—¿Cabalgar?

—Sí, no me digas que no te gustaría que lo hiciese. Sé que vas a ser mi marido, pero no podré vivir sin libertad. Siempre he estado sola... —Thomas sintió que Alison temía su futuro junto a un

hombre y sonrió mientras ella hablaba y hablaba sin parar.

—Alison, no te pediré que dejes de hacer nada a no ser que sea peligroso.

—Cabalgo como un hombre, no como una dama —lo miró desafiándolo, pero Thomas la miró con dulzura.

—Lo imaginaba.

—No... ¿No te importa? No está bien visto. La mayoría de los hombres no lo aprobarían.

—Encuentro fascinante que te guste cabalgar. Es una de mis grandes pasiones y no importa cómo lo hagas. —Alison lo abrazó feliz.

—¿Y tus otras grandes pasiones?

—Los libros... y ahora tú —el hombre la besó y ella tocó su barba.

—Creo que seremos felices juntos. Ahora vamos, debemos ir a buscar las cartas.

—¿Dónde crees que están? —preguntó mientras se ponía los pantalones.

—Supongo que en Londres, pero no lo sé. Pudo aprovechar mis estancias en Bath para venir aquí.

—Bien, miraremos primero en Londres y dejaré aquí vigilantes por si acaso. Mañana iremos a Londres y mientras tanto, podemos acudir a bailes y al teatro para dar a conocer nuestro compromiso. —Alison frunció el ceño.

—No me gustan los bailes, pero iré.

—Conmigo te gustarán. —Ella sonrió. —Llevaré a Albert. ¿No tienes alguna criada que le pueda gustar? —Alison pensó durante unos segundos y después rió.

—Sí. Anna. Tendrán más o menos la misma edad, un poco mayores que nosotros. Es guapa, aunque un poco rechoncha y ha trabajado aquí desde que era prácticamente una niña. Al principio me peinaba y me vestía. Después me pidió trabajar en la cocina. Le encanta cocinar.

—Pero en Londres ya tienes cocinero.

—Bueno, no te preocupes. Ya se me ocurrirá algo.

—Espero que la convenzas, porque la niña que te suele acompañar... —Thomas frunció el ceño y Alison rió.

—Sí, es un poco tímida.

Cuando Thomas estuvo vestido bajó al salón y encontró a Albert hablando con una mujer. El hombre parecía muy interesado en la corpulenta sirvienta y apenas había probado su desayuno.

—Señor, le presento a Anna. Es la cocinera y ha venido a pedirme que le enseñe a cocinar algún plato español —dijo Albert complacido.

Cuando Alison entró en el salón, se encontró a Thomas, encorvado sobre sí mismo y riéndose a carcajadas ante la mirada preocupada de los dos sirvientes.

—Alison... Anna le ha pedido... —dijo intentando dejar de reír —que le enseñe a preparar algún plato esp... —Alison se tapó la boca incapaz de estallar en carcajadas.

Pasó un rato antes de que los dos señores dejaran de reírse y pudieran hablar con normalidad, tiempo que los dos sirvientes aprovecharon para acercarse más el uno al otro.

—Anna, vamos a hacer un viaje a Londres y me gustaría que me acompañaras como doncella. No será por mucho tiempo y cuando volvamos podrás seguir siendo la cocinera —Anna miró a Albert de reojo y aceptó. Después se marchó.

—Albert, ¿por qué estás tan rojo?

—Lo teníais planeado, ¿verdad? —preguntó el español.

—¿Planeado? No sé de qué me hablas, pero tenemos que darte una noticia. Nos vamos a casar.

Albert se levantó sorprendido y felicitó a los novios complacidos. Le gustaba aquella mujer y dado que todos iban a vivir bajo un mismo techo, era un aspecto importante a tener en cuenta.

—Voy a contárselo a Anna —dijo guiñándole el ojo al gigante pelirrojo que todavía soltaba una carcajada de vez en cuando.

—¿Es Albert un buen cocinero?

—Pésimo —Ambos volvieron a reír y Alison se preguntó si alguna vez se había reído tanto.

Disfrutaron de un abundante desayuno. Mark siempre había comido mucho, pero Alison se conformaba con mucho menos. Ahora, sin embargo, se sentía famélica. El hombre sonrió al observarla devorar su desayuno. Estaba preciosa con el pelo recogido en una trenza alrededor de la cabeza y el vestido de color verde esmeralda acentuaba el color de sus ojos. Se le veía sana y feliz y eso hizo que el gigante pelirrojo se sintiera orgulloso de la que iba a convertirse en su mujer.

—Voy a pedir que nos preparen el coche.

—Muy bien. Comprobaré que aquí todo queda en orden.

## CAPÍTULO SIETE

Alison y Anna entraron en el coche y Albert y Thomas cabalgaron junto con una media docena de hombres. Todos eran grandes y fuertes a pesar de tener obligaciones tan dispares como las de jardinero, herrero y mozo de cuadras. Alison empezaba a familiarizarse con algunos de ellos, ya que se los encontraba cuando iba a beber agua, cuando paseaba por su jardín o hablaba con sus propios criados, e incluso cuando estaba en la biblioteca leyendo un libro. Sus criados no se habían quejado, pero sabía que descansarían una vez se hubieran ido, algo que iba a ocurrir muy pronto.

—Señora —dijo Anna llamándola con una sonrisa.

—¿Sí, Anna?

—Os agradezco que me trajerais con vos.

—Y yo me alegro de que hayas venido conmigo —Alison y Anna se miraron y se sonrieron. No hacían falta más palabras, pues llevaban prácticamente toda sus vidas juntas.

Después de unas cuantas horas viajando por caminos embarrados y pedregosos llegaron a Londres. Alison, cansada y con todos los músculos doloridos, bajó del coche y saludó a sus criados, que ya les estaban esperando gracias a un mensajero que había llegado con antelación. La casa de Londres no era tan grande como la de Sutherland y algunos de los hombres se verían obligados a compartir su habitación. Alison mostró a su doncella su dormitorio y después acompañó a Albert al suyo, situado en el mismo pasillo.

—¿Y cuál es el mío? —preguntó Thomas con intensidad. Su pelo rojo estaba despeinado y su traje y sus botas se encontraban sucios y embarrados, pero Alison pensó que nunca lo había visto tan hermoso.

La muchacha miró el largo pasillo con las paredes empapeladas en granate y señaló una puerta. Se encaminó hacia allí y la abrió. La habitación tenía una gran cama con dosel, que debido a su tamaño ocupaba la mayor parte de la estancia. Debajo de la ventana había una mesa escritorio con papel, tinta y plumas, todo preparado para escribir y según advirtió Thomas, todo también de exquisita calidad. Al otro lado de la cama había un gran armario que ocupaba casi toda la pared. Todo era de una sobriedad alarmante.

—Una habitación grande, con una cama grande —Thomas se apartó para que los sirvientes pudieran dejar su equipaje en el suelo.

—Era la habitación de mi padre, pero cuando vinimos aquí para... los bailes, —Alison se sonrojó —fue utilizada por Mark.

Thomas se movió con soltura por la habitación haciendo que ésta pareciera más pequeña de lo que en realidad era y se asomó por la ventana. Daba a una calle y a unos jardines bonitos, pero no eran las amplias y verdes praderas inglesas.

—¿Te gusta? —preguntó Alison intrigada por su silencio.

—Sí, me gusta. ¿A dónde da esa puerta? —preguntó fijándose de repente en una pequeña puerta situada en el extremo opuesto de la cama.

—Es mi habitación —Thomas se volvió con rapidez y la miró desde su gran estatura, como si la viera por primera vez.

—¿Tu cuarto? ¿Ése es tu cuarto? —preguntó incrédulo. La muchacha se sonrojó mientras asentía.



Thomas se encaminó a la habitación con paso decidido y abrió la puerta con tal fuerza que casi la sacó de sus goznes. Lo que vio le hizo sonreír. La habitación estaba empapelada de color rosa y los muebles blancos resaltaban su luminosidad. La cama tenía dosel y los postes mostraban unos delicados relieves dorados sobre los cuales caían unas cortinas de seda blanca con bordados rosas. Incapaz de resistir el impulso, pasó sus dedos grandes con suavidad por la madera tallada. Debajo de la ventana se encontraba un tocador del mismo color que la cama. Se acercó despacio, como si temiera aquel mueble tan femenino, bajo la mirada sorprendida de Alison y pensó que en su mansión no había ni una sola habitación que se le pareciera. Todo era demasiado sobrio y masculino y así había sido siempre. Tomó uno de los cepillos de plata admirando su fría belleza. Después cogió una horquilla de marfil y absorbió su suavidad por medio de su tacto. Aquellas eran cosas femeninas, cosas que inundarían su casa una vez se casara con Alison y se prometió preparar a su mujer una habitación tan bonita como aquella, o como la que tenía en Sutherton.

—Vi esta habitación en unos de los cuadros de mi madre y mandé que me hicieran una igual. Es tan... acogedora...

—¿Y esa puerta?

—Da al vestidor. ¿Quieres verlo? —Thomas se acercó a la puerta y cerró con llave, pero después la abrió. No podía hacerle el amor en aquel cuarto tan inocente y virginal y comprendió por qué le había gustado tanto.

Representaba todo lo que era Alison. La tomó de la mano y Alison lo siguió confundida.

—¿Dónde vamos?

—A mi cuarto. —En cuanto hubieron traspasado el umbral de la puerta, Thomas cerró con llave —Tenemos una hora antes de que debamos bajar a comer. Aprovechémosla.

Alison se separó juguetona de él y quiso hundirse en aquella mirada llena de deseo.

—¿Y cómo la vamos a aprovechar, mi señor? —Thomas alargó una mano para cogerla, pero ella se escabulló.

—Alison, —su voz sonó ronca —te necesito. Ya no puedo pensar en otra cosa.

Cogiéndola desprevenida, la rodeó con su brazo y la besó con pasión y necesidad. Alison sintió su cuerpo estremecerse y cuando Thomas la cogió en brazos para llevarla a la cama, supo con certeza que nunca había sido tan feliz.

—Te amo —el hombre se paró a los pies de la cama y la miró con una intensidad y una felicidad que parecían inundarlo.

—Alison... —la depositó con suavidad sobre la cama —cómo me llenan esas palabras. Si supieras cuánto te amo también...

Alison no supo después quién quitó la ropa a quién, pero se amaron con una necesidad casi salvaje. Sus cuerpos y sus almas dieron y recibieron hasta convertirse en uno solo. Después, descansaron tendidos con sus piernas entrelazadas.

—Tenemos que levantarnos y vestirnos. —Alison se dio la vuelta y se tapó entera con la sábana —Buscaremos la carta después de comer y por la tarde nos prepararemos para ir al baile del conde de Southwood.

—¿Estás invitado a ir al baile del conde de Southwood? —Alison salió rápidamente debajo de aquella maraña de sábanas y mantas.

—Sí, siempre me invita, pero pocas veces he ido. Normalmente no disfruto demasiado de los bailes, pero preveo una temporada única. —Alison se ruborizó cuando Thomas le guiñó un ojo. —Mañana prepara el baile el duque de Ashwood. También iremos. ¿Tienes suficientes vestidos? —preguntó de repente preocupado.

—Sí, tengo un par que servirán. Los compré con Mark, pero no pude utilizar más que uno. Y

Anna podrá arreglarme algún otro en caso de necesidad.

—Muy bien, pues entonces preparémonos. ¿No tienes hambre?

—Tengo un hambre de caballo. —Thomas rió con ella. Le gustaban las muchachas que no eran remilgadas con la comida. De hecho, no soportaba a las mujeres que comían como pájaros y se dedicaban a observar comer a los demás. Le ponían nervioso.

Buscaron durante horas por toda la casa sin encontrar nada. Miraron entre los libros, debajo de los muebles, en el fondo de los armarios y en todos los lugares que se les ocurrieron en una búsqueda infructuosa.

—No sé dónde pueden estar —admitió Alison dejándose caer agotada en el sillón.

—Continuaremos buscando mañana. Ahora debemos prepararnos para ir al baile. —Thomas había supuesto que la búsqueda no sería fácil, pero en el fondo había deseado que lo fuera.

—¡Oh, ya me había olvidado! Estoy agotada.

—Tenemos que dar a conocer nuestro compromiso, Alison. Sólo así podremos andar juntos sin levantar chismorreos a cada paso que demos.

—Tienes razón —dijo haciendo un esfuerzo por levantarse.

—¿Estás mareada? No tienes, buena cara. —Alison lo miró pálida.

—No, estoy bien. Es sólo cansancio —añadió subiendo a su cuarto para cambiarse de ropa.

Alison tardó en arreglarse más de lo normal y Thomas se preguntó inquieto si todo iría bien. Cuando Alison bajó, se encontró sin palabras para decirle lo guapa que estaba. Había abandonado el negro. Llevaba un vestido rojo pasión que resaltaba su figura sin resultar escandaloso y llevaba el pelo recogido con una preciosa cinta de terciopelo del mismo color. Iba sencilla, pero a la vez elegante, con un par de esmeraldas como pendientes y un collar a juego. Estaba preciosa y, sin embargo, debajo de sus ojos había unos surcos grisáceos que le preocuparon. Su palidez era casi enfermiza y caminaba un poco más encorvada que de costumbre, como si le doliera algo.

—Alison, quizás sea mejor que no vayamos al baile.

—¿Por qué?

—Pareces cansada.

—No lo estoy, -dijo agarrándose de su brazo- vamos.

—Alison... no tienes muy buena cara.-Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Vamos a ir. —Thomas asintió por fin y la guió fuera de la casa.

El salón de baile estaba repleto de gente vestida de un modo elegante. Thomas conocía mucha gente, lo que sorprendió a Alison y les anunció a todos su compromiso. Hacían una buena pareja y se les veía felices. Cuando la primera obra empezó a sonar, Thomas se acercó a Alison.

—¿Quieres bailar?- preguntó señalando la zona de baile en el centro del salón.

—Me encantaría- Alison le obsequió con una encantadora sonrisa.

Cuando Thomas la agarró para bailar pudo sentir toda su fuerza fluyendo del cuerpo de él al de ella. Bailaba con confianza, guiándola en todo momento y sintió que podría estar bailando toda la noche.

—Eres un excelente bailarín —dijo apoyando su cabeza en el hombre.

—Gracias. Tú tampoco lo haces mal.- Thomas observa con mirada asesina a un joven en que se les acercaba.

—Milady, ¿me permitiría bailar con vos?

—Lo siento, tiene todos los bailes reservados para mí —dijo Thomas seco.

—Quizás otro día, caballero.

—Gracias —murmuró antes de irse cabizbajo.

—Vaya, vaya, ¿así que tenéis vos todos mis bailes reservados?

—Sí, os informo de que así es. —Aseguró con una sonrisa.

Thomas observó a los hombres. Muchos de ellos miraban a Alison, admirando su belleza, lo que no le gustó e inconscientemente la apretó más contra sí. Descansaron durante un rato en unas sillas lejos de los hombres y después volvieron a bailar. La noche estaba a punto de terminar y no quería presenciar ningún espectáculo desagradable. Entonces, Alison se encogió para después erguirse de nuevo.

—¿Qué ocurre? —Tomás la sujeto con fuerza al comprobar que tenía las piernas flojas —¿Te mareas?

—Un poco. Salgamos, por favor.

Thomas guió a Alison hasta la terraza que había en el exterior de la casa y cogió las capas de ambos antes de abandonar el lugar. La mujer gimió y se encogió.

—Alison... —murmuró preocupado.

—Estoy bien, no estoy enferma. —se encogió ante un nuevo pinchazo en el abdomen.

—¿Que... estás bien?

—Sí, es normal. —él la miró sin creerla.

—La herida del brazo te hizo sangrar mucho, quizás sea eso...

—No es eso. Vamos a casa, por favor. —Por dios, nunca se había sentido tan avergonzada y tan humillada.

Thomas vio lágrimas en sus ojos y le ayudó a subir al coche en silencio. Estaba preocupado, pero ella no quería decirle nada, así que hizo acopio de paciencia y la llevó a su cuarto sin acosarla a preguntas. Sabía ser paciente. Hacía mucho que había tenido que aprender a serlo. Era ya muy tarde y Thomas empezó a soltarle los lazos del vestido ignorando las protestas de ella. Cuando la dejó en ropa interior observó que la tenía manchada de sangre. Ella se sonrojó y él se tranquilizó.

—Así que era esto.

—Sí. —Bajó la cabeza sintiéndose mortificada. Aquello no estaba bien. Si él no le hubiera obligado... Tomás la agarró de la barbilla y le obligó a mirarle a la cara.

—No te preocupes, Alison. Esto es normal. Si vamos a casarnos no debes sentir vergüenza. Cámbiate de ropa y vendré luego a verte.

—No quiero... —él le miró sin comprender. —no quiero hacerlo hoy, Thomas —el hombre sonrió.

—Cariño, vendré tan sólo a desearte buenas noches —ella lo miró aliviada e incómoda, pero se tranquilizó cuando la besó como siempre.

Alison nunca había pasado tanta vergüenza. Se puso el camisón y se tumbó en la cama. Enseguida llegó Thomas, quien llevaba en su mano una taza de leche y unos panecillos.

—Creo... que te ayudará —dijo sintiéndose de repente nervioso.

Alison sonrió mientras le cogía la taza.

—Gracias.

La mujer bebió la leche bajo la mirada intensa de él. Cuando hubo terminado, cogió la taza y tras desearte buenas noches se fue su cuarto.

Amaba a esa mujer con una intensidad que lo abrumaba. Recordó a las mujeres que había conocido, que se encerraban en su cuarto cuando se encontraban en ese estado y la admiró por no dejar que aquello la excluyera. Sabía que los hombres las animaban a recluirse pensando que era una enfermedad, pero él nunca lo haría. Los meses pasados en España le habían enseñado que algunas de las costumbres inglesas eran erróneas. Él le animaría a salir. Se dirigió a su cuarto tranquilo y feliz. Se había sentido celoso con todas aquellas miradas masculinas sobre Alison,

pero ella había dejado claro que sólo le interesaba él y los moscones habían huido. Sonrió. Ahora ya todo Londres sabía que ella era suya tanto como él de ella, aunque por su parte nunca había tenido demasiadas compañeras de baile, ya que por lo general temían su gran tamaño.

Cuando Thomas bajó a desayunar se encontró a Alison buscando las cartas.

—No las encuentro —admitió preocupada Thomas. El hombre le tendió una mano.

—Vamos a desayunar. Ya continuaremos luego. ¿Qué tal estás?

—Ahora bien —contestó ruborizándose —pero eso no quiere decir que vaya a estar todo el día así.

Devoraron un suculento desayuno con lentitud, saboreando cada bocado y disfrutando de la compañía.

—Es muy extraño que no hayamos encontrado las cartas ya. Hemos mirado en todos los sitios posibles. ¿No sabes de ningún lugar donde pudieran estar?

—No lo sé. No lo conocía mucho, a pesar de ser mi padre.

—Bueno, pues seguiremos buscando.

—Quizás fuera mejor que volviéramos a Sutherton. Si no están aquí, es probable que estén allí.

—Iremos dentro de un par de días. Hoy tenemos que acudir al baile. Ashwood es un viejo amigo y se alegrará de verme. Pasado mañana iremos al teatro.

—¿Al teatro? —preguntó emocionada.

—Sí, pero no es como el que vimos. Éste es más serio y aburrido. Allí veremos a mucha gente y después volveremos a casa. —Un muchacho se acercó al gigante.

—Un mensaje, señor —Thomas tomó la carta de manos del muchacho y la abrió.

—Es de Alan —dijo reconociendo el sello lacrado. Alison lo miró con interés y Thomas reprimió los celos que empezaba sentir.

—Quiere hablar con nosotros. Dice que irá al baile. —Alison asintió y bebió de su taza de té mientras Thomas esperaba a que hablara, pero después de dejar la taza con suavidad sobre la mesa, masticó un trozo de tostada. Dándose por vencido y resignándose a no ver ninguna muestra de cariño por parte de Alison hacia su hermanastro, continuó con su desayuno.

Alison terminó tarde de desayunar y decidió que quería ir de compras. Thomas levantó la cabeza del periódico que estaba leyendo y la miró un instante antes hablar.

—No creo que sea seguro. Es mejor que esperemos un poco y después vayamos al baile.

—¿Por qué no es seguro?

—Pueden atacarnos en cualquier momento y tengo casi todos mis hombres protegiendo Sutherton. ¿Hay algo que necesites urgentemente? —Ella negó con la cabeza enfadada.

—No me gusta esta casa. La odio. En cuanto vuelva Mark le pediré que la venda.

Thomas sabía por qué no le gustaba esa casa, pero no había imaginado que la odiara con tanta fuerza. Ni siquiera con su nuevo y precioso dormitorio la soportaba.

—Vamos a buscar las cartas. Tan sólo tenemos hoy y mañana. Después, si quieres venderla, lo haremos.

—No me des órdenes. —Alison lo miró con el ceño fruncido. Se sentía cansada y dolorida y quería comprarse algo nuevo.

—No te doy órdenes. Por dios, Alison, estás...

—Claro que sí. ¿Sabes qué? Búscalas tú —dijo antes de salir del comedor dando un portazo.

Thomas miró incrédulo la puerta. ¿Qué había ocurrido? Algo iba mal, pero no sabía de qué se trataba. Alison estaba irascible. Quizá se tratara del periodo, pensó, pero dudaba que fuera eso. Era algo más profundo, algo que le preocupaba. Se levantó, depositando el periódico cuidadosamente sobre la mesa y se estiró la chaqueta antes de subir a su cuarto. Llamó la puerta,

pero no obtuvo respuesta. Volvió a llamar y la abrió despacio. Alison estaba sacando todos los vestidos que tenía y los iba tirando a la cama furiosa. Thomas no sabía qué decir así que se sentó en una butaca mientras la observaba con intensidad. Cuando Alison vio que estaba allí, dejó de tirar ropa y se sentó en la cama. Después, en silencio, comenzó a ordenarlo todo. Para cuando terminó, se sentía agotada y con pocas ganas de salir. Se acercó despacio la ventana y la abrió para que el aire frío le golpeara en la cara, haciendo huir al asfixiante calor. Necesitaba respirar. Después de unos minutos, cerró la ventana y se sentó sobre la cama.

—¿Te sientes mejor? —ella asintió.

—No me gusta que me den órdenes. Normalmente las doy yo.

—Es mi forma de ser. Soy protector y posesivo, Alison y he dado órdenes toda mi vida. En la guerra tenía a unos cuantos hombres bajo mi mando y eso te enseña a mandar con eficacia.

—A mí no me gusta.

—Muy bien, intentaré ser un poco más sutil contigo, pero no creo que sólo se trate de esto. Tienes ganas de irte de aquí.

—Sí. Aquí me... asfixio y me... agobio. Es la casa.

—Pero ya conocías mis planes. Podemos volver mañana mismo si quieres.

—Déjame por favor. Estoy cansada —dijo con lágrimas en los ojos.

Thomas la miró un momento y se asombró de verla llorar. Sabía que ella estaba mal, pero no había sabido cuánto.

—Muy bien, prepara tu equipaje. Nos vamos. —Alison levantó la cabeza sorprendida.

—No. Tú quieres quedarte y... —Thomas se levantó de golpe y se dirigió a ella. Se encontraba enfadado y aquella situación era nueva para ella.

—No. Nos vamos.

—No me des órdenes. —Alison levantó los brazos exasperada.

—No te doy órdenes. Si aquí no estás bien, nos vamos. Para mí lo primero eres tú. Pero dime, ¿ha ocurrido algo para que te sientas de repente así? —Thomas la miraba irritado, pero ya no furioso. La agarró por los hombros con suavidad, obligándola a mirarlo a la cara.

—Sí. —admitió después de un minuto de duda—. Es... mejor ven conmigo.

Alison salió de la habitación con Thomas detrás y entró en la biblioteca. Allí, empezó a sacar libros y más libros de sus estantes bajo la incrédula mirada del hombre.

—¿Por qué haces eso? Te va a costar mucho quitar todos los libros de sus estantes. No es lo mismo que los vestidos.

—Thomas, ¿confías en mí?

—Claro que sí —dijo ofendido.

—Entonces ayúdame. Sólo tenemos que quitar los de esta zona. Desde ese rojo al que no llego hasta el verde.

Thomas no necesitó más palabras para ayudar a Alison. Cuando hubieron terminado después de una hora, Thomas seguía sin ver nada.

—¿Ahora qué? —preguntó mirando a su futura mujer.

—Ve hasta la chimenea y mira de nuevo —dijo con un hilillo de voz.

Thomas fue hasta el otro extremo de la habitación y miró de nuevo la estantería.

—¡Dios Santo! ¿Cómo lo viste?

—Fue por casualidad. Lo vi, pero está tan estropeado que he estado todo el día pensando que eran manchas de humedad. Hace tan sólo un par de horas, llegué a la conclusión de que aquella flor se parecía demasiado a una flor que tenía uno de mis vestidos y demasiado poco a una mancha de humedad. Ahora lo veo completo, pero antes no quité más que unos pocos libros y no vi el

cuadro con claridad.

—Pero... ¿tu madre no murió al darte a luz? —preguntó Thomas señalando a la mujer del cuadro.

—Eso pensaba yo. Es el primer retrato que veo.

—Quizá esa no sea tu madre. Y el hombre, ¿era él tu padre?

—Sí, él sí. En el cuadro parece feliz, pero yo nunca le vi sonreír. El que sostiene el perro es Mark.

—Eras una niña preciosa —dijo Thomas mirando la niña pequeña que se encontraba sentada sobre la hierba con una muñeca en su regazo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Alison de mejor humor.

—Ahora eres una mujer preciosa. —Thomas se alegraba de que sonriera de nuevo.

—Quizás Anna sepa quién es esa mujer. Voy a buscarla.

—Aquí os espero.

Thomas se sorprendió al darse cuenta de que cuando ella sonreía lo hacía él también. Anna, Albert y Alison entraron en la estancia y se pusieron a su lado, enfrente del cuadro.

—Esa mujer era francesa. Se llamaba Francesca y tenía con vuestro padre una relación muy... íntima. Todos los criados hablaban de ella. Era una mujer insoportable.

—¿Fue una relación duradera? —preguntó Alison interesada en la vida de su padre.

—Sí. Vivieron aquí en Londres. Incluso estuvieron comprometidos.

En un principio ella fue vuestra niñera, pero al señor no le gustaba Sutherland y se la llevó con él a Londres. No sé qué le ocurrió, pero puedo preguntárselo a las criadas. Me contarán las cosas con más confianza que a vos.

—Muy bien, Anna. Pregúntales e infórmanos cuanto antes —dijo Albert dándole una palmadita de culo.

—Todo esto es muy extraño —dijo Alison —nunca oí nada de esto.

—No es de extrañar que os separara de su vida. Seguramente Mark sabía algo, pero no te diría nada para no preocuparte.

—No lo creo, Mark era muy sincero. Quizá hubiera oído algo, pero supongo que no tenía pruebas.

—Albert, ve a preguntar por ahí —dijo Thomas sonriendo.

—Muy bien, señor. Me he dado cuenta de que sobre —dijo pareciendo ofendido.

—No, Albert, tú nunca sobras, ¿verdad, Thomas? —dijo Alison con inocencia.

—En este caso sí, querida —dijo antes de besarla.

Cuando Albert desapareció, Alison se vio tendida sobre un sofá, disfrutando de las caricias de Thomas.

—Lo necesitaba —admitió como voz dulce.

—Lo sé. Yo también.

Cuando Anna y Albert regresaron, Alison ya estaba vestida, aunque con la falda llena de arrugas y Thomas tenía el pelo revuelto. Estaban tumbados en el estrecho sofá con cara de sueño ella y de felicidad él.

—Ningún comentario —amenazó Thomas viendo la sonrisa de su mayordomo.

—Ni se me ocurriría, amigo. Hemos descubierto algo interesante —dijo Albert captando la atención de los dos. —Por lo visto, Francesca era una especie de... embajadora francesa.

—O sea, una espía —dijo Alison.

—Eso es. Bueno, pues ella encontró en tu padre un aliado y tu padre debía interceptar las cartas de los españoles y dárselas a ella, quien debía entregarlas a Napoleón. Pero algo fue mal.

—¿Qué pudo ir mal?

—A Francesca la mataron antes de conseguir las cartas. Sin embargo, iba a partir hacia París aquella misma noche, por lo que suponemos que ya las habían recibido. Tu padre sufrió mucho con su muerte y se propuso terminar él la acción. Ya que no podía ir a Francia, porque eso lo hubiera delatado, pidió que le mandaran un correo para que se llevara las cartas.

—Pero murió antes. —Albert asintió —¿Cómo os habéis enterado de todo esto?

—Bueno, he encontrado estas cartas y además hemos hablado con los sirvientes.

—¿Qué cartas son éstas? —preguntó Thomas.

—No son las que buscamos. Las encontré por casualidad aquí, en el suelo, debajo de una de las estanterías. Debieron de caer de algún libro.

—¿Cuándo las has visto? —preguntó Thomas sorprendido.

—Cuando me habéis echado de aquí tan amablemente. Al abrir la puerta han caído mis pies.

—Quizá haya más. Enseñanos.

—¿Crees que hay más?

—Puede ser.

Albert abrió y cerró la puerta, pero nada ocurrió y miró a Thomas. Su amigo se había dado la vuelta y estaba tocando la librería de madera. Él hizo lo mismo.

—Anna y tú buscad en los libros. —ordenó Thomas —Quizá cayeran de uno de ellos.

Las mujeres se acercaron a los libros, que se encontraban esparcidos por todo el suelo y recogieron sus faldas antes de agacharse.

Thomas miró a Alison un momento. Llevaba un vestido gris oscuro, sencillo, pero la encontraba preciosa. Era cierto que todavía se sentía un poco cansada y el brazo le dolía lo que le impedía moverse con soltura, pero aparte de su palidez, nadie lo habría dicho. Tenía la espalda recta y sus movimientos eran enérgicos y eficaces.

—Thomas, mira, aquí hay algo. —Albert señaló una parte de la pared y se retiró para que Thomas pudiera llegar hasta allí, sorteando todos los libros que ahora se encontraban esparcidos por el brillante suelo de tarima.

El gigante pelirrojo se volvió y palpó con suavidad el lugar que le indicaba su amigo. No cabía duda de que debajo del cuadro había algo.

—¿Cómo lo vamos a sacar? —Alison y Anna se unieron a ellos.

—Agujeread el cuadro. A mí no me importa. —Thomas la miró dudando.

—Bien. Está justo debajo de la mujer. Tan sólo ella quedará dañada. Después puedes enmarcar el retrato de tu hermano y tuyo.

—Sí, es una buena idea. —Alison no tenía ningún retrato de ellos dos juntos.

Thomas se agachó y sacó con rapidez un extraño cuchillo curvo de su bota, asustando a la criada, que emitió una exclamación ahogada. El hombre movió el instrumento con agilidad y enseguida se desprendió el trozo de tela pintado. Metió los dedos y sacó un paquete pequeño y oscuro. Su tacto era suave y olía ligeramente a humedad. Albert lo miró con tensión y Thomas retiró el envoltorio de papel.

—Aquí están las cartas —dijo mostrando dos cartas lacradas. Abrió la primera y la leyó en voz alta, para que todos supieran lo que contenía e inmediatamente después abrió la segunda y la leyó. Maldita fuera, el contenido de aquellos mensajes podía inclinar la balanza de Napoleón hacia la victoria. No podían consentirlo. Todos se mantuvieron en silencio durante unos segundos, pensando en lo que todo aquello significaba.

—¿Qué vamos a hacer con ellas? —Alison rompió el ambiente cargado de tensión. Aquello que tenían en sus manos era más peligroso que el arma más letal que conocía.

—Creo que lo mejor será deshacernos de ellas. Conozco al jefe del servicio británico. Iré a hablar con él. Tú, y Alan vendréis conmigo.

—¿Es eso lo acertado? —preguntó Alison reticente a separarse de él.

—Lo mejor es que no caigan en malas manos, Alison o estaremos todos perdidos. Sí prevenimos a Napoleón de que Rusia se está empezando a cabrear tomará medidas. No, es mejor que todo siga su curso. ¿Lo entiendes?

—Sí. Lo entiendo. Esas cartas son demasiado peligrosas. Lleváoslas. —Thomas asintió y posó su mano con delicadeza sobre el brazo de la mujer.

—Cariño, volveremos para ir al baile. Será mejor que te vayas preparando. Toma esto —dijo dándole el puñal. —No creo que lo necesites, pero es mejor así. No salgáis bajo ningún concepto. Dejaré la casa bien vigilada.

Las mujeres observaron con impotencia la salida de sus hombres. En cuanto la puerta se hubo cerrado, se acercaron la una a la otra y se sentaron sobre el sofá. Acomodaron sus amplias faldas alrededor de ellas y se miraron en silencio durante un breve segundo. Sentían el corazón pesado por el temor, pero sabían que nada malo podía ocurrirles yendo juntos. Eran peligrosos a solas, pero juntos eran letales.

Alison observó la sala. Tenía las paredes empapeladas con papel adamascado en color granate, lo que no hacía la estancia especialmente lúgubre. No obstante, había que admitir que quedaba bien con la alfombra gruesa del mismo tono y los rojizos estantes de libros. Después de un rato se levantó para cambiarse el vestido y peinarse para acudir a uno de los bailes más importantes de la temporada.



## CAPÍTULO OCHO

Thomas besó a Alison y salió del cuarto con Albert. Por fin habían encontrado las cartas y ahora entendía mejor la vida de su padre. No su conducta, pero sí su vida.

—Será mejor que subamos. Todavía me tengo que cambiar de ropa y peinarme. Hoy debo estar guapa, Anna. Este baile es muy importante para Thomas.

—Estará radiante, señora.

Anna la vistió con un vestido rosa suave que daba luminosidad a su rostro y peinó sus cabellos de forma que cayeran ordenados por sus hombros. Después los ató con una cinta rosa y otra roja. El vestido no era demasiado escotado, pero insinuaba sus encantos de forma clara. La tela era de una calidad exquisita y brillaba cuando la luz incidía sobre ella. Era un vestido que no se había puesto nunca porque lo guardaba para una ocasión especial y esa ocasión ya había llegado.

—Lo que yo había dicho. Radiante. Creo que le van mejor las perlas.

—Sí, hoy llevaré las perlas.

Justo en aquel momento llamaron a la puerta y una criada anunció la llegada de los hombres. Anna y Alison se precipitaron escaleras abajo para preguntarles qué tal había ido todo. Ellos todavía se estaban quitando las capas y los guantes. Thomas besó a Alison en cuanto la vio.

—Todo ha ido bien. Dios, estás preciosa.

—Sí señora, muy hermosa —dijo Anna.

—Nunca había visto nada igual. Es una tela exquisita. ¿Te has puesto este vestido por mí?

—Sí —admitió un poco a avergonzada —sabía que este baile es importante para ti.

—Te lo agradezco, mi señora.

—Pero cuéntanos qué ha ocurrido.

—Que le os lo cuente Albert. Yo tengo que ir a ponerme el traje. —La miró un minuto antes de desaparecer y asintió con admiración. Alison se sintió feliz y orgullosa como nunca.

—Cuéntanos, Albert. ¿Fue todo bien? —Anna le cogió el abrigo y lo colgó en una percha que había detrás de la puerta.

—Todo fue bien —dijo contento de tener audiencia. —Primero fuimos a buscar a Alan y averiguamos que había vendido la taberna. Nos pidió que no dijéramos nada, puesto que nadie excepto nosotros sabíamos que era suya. Nos aseguró que va a dedicarse a hacer feliz a su mujer y no quiere que ella se entere. Le va a contar la verdad de su oficio y lo dejará si ella cree que no podrá soportar vivir con un espía.

—Vaya, me alegro de oír eso —aseguró Alison con sinceridad.

—Bien, pues fuimos con Alan a ver al hombre encargado de todo y le entregamos las cartas. Nos aseguró que si alguno de los dos mensajeros nos molesta podemos matarlos, porque ya no les sirven de nada.

—Espero que no nos molesten más —dijo Alison tocándose el hombro.

—No lo harán —aseguró Thomas a su espalda y Alison sintió un escalofrío por la frialdad de su voz.

—¿Vamos?

—Sí. Tenemos el coche preparado. Albert, que ordenen la biblioteca y empezad a hacer el equipaje. Volvemos a casa mañana por la tarde. Ya nos hemos dejado ver bastante por todo Londres.

—¿A tu casa o a la mía?

—Me gustaría seguir viviendo en mi casa. Al fin y al cabo, la tuya todavía pertenece legalmente a tu hermano.

—Lo sé, —dijo dejándose conducir hasta el interior del carruaje— pero no es justo que una mujer no pueda heredar. Yo manejo la casa mejor que cualquier hombre, incluso llevo las cuentas.

—Sí, pero sólo los hombres heredan. Aún y así tienes suerte, porque tienes en tu poder una pequeña fortuna. Mucho más de lo que los hermanos permiten tener a sus hermanas.

—Sí, Mark se ocupó de todo. No sabía si me iba a casar, así que reservó bastante dinero por si acaso no disponía de un marido que me mantuviera.

—¿Te hará infeliz vivir en mi casa? —preguntó Thomas serio.

—No. Al fin y al cabo tienes razón. Sutherland es de Mark y yo debo ir a vivir contigo.

—No es una obligación, Alison. Viviremos donde tú seas feliz.

—Seré feliz contigo, siempre y cuando me dejes llevar el jardín y el mantenimiento de la casa.

—Lo que tú quieras amor mío.

Thomas bajó del coche en cuanto éste se detuvo y ayudó a Alison a apearse. Agarrada de su brazo entró en la mansión más grande que había visto nunca. La música sonaba en el interior y había luz por todos los sitios. Los pasillos y las salas se encontraban atestadas de gente y justo cuando estaba pensando que iba a disfrutar de aquella velada, sintió una punzada en el abdomen que le hizo encogerse.

—¿Estás bien? —le preguntó Thomas preocupado.

—Sí, no te preocupes.

—Vaya, vaya, nuestro buen amigo se ha dignado a visitarnos y viene muy bien acompañado. Es preciosa. Según he entendido es tu prometida, ¿no es así? —dijo un hombre apuesto abrazando a Thomas.

—Así es. Alison, te presento a mi gran amigo Ashwood. Es constructor de canales y en este momento trabaja...

—Uniendo las minas de carbón con el puerto. Una idea excelente, señor, si me lo permite.

Los hombres la miraron sorprendidos y Thomas se sintió orgulloso de ella.

—¿Has visto, Frank? —el hombre se giró hacia su compañero—. Esta señora me conoce por mi trabajo.

—Frank Gordon Smith, señora. Ya que su futuro marido no ha tenido la decencia de presentarnos, lo hago yo mismo.

—Es un gran amigo, Alison, pero te aburrirá con su charla. Es interminable. —Alison miró a los dos amigos de Thomas y rió por la broma.

Uno era alto y delgado y tenía un bigote fino y oscuro que le aportaba elegancia. Frank era un pelirrojo bajo y rechoncho con los ojos azules y una sonrisa preciosa.

—Señora, ¿me permite este baile? —Alison miró a Thomas y éste asintió.

—Estaré encantada, milord.

Alison bailó todos los bailes que tocaron los músicos, la mayoría de ellos con distintos amigos de Thomas. Todos aquellos eran hombres alegres y atentos y les gustaban las bromas, aunque no había que dejarse llevar por las apariencias porque también eran inteligentes y poderosos hombres de negocios. Disfrutó mucho de su compañía, pero se alegró cuando vio a Alan y a Julia y pudo alejarse de sus atenciones para hablar con ellos.

La mujer de Alan era una mujer delgada y con la barbilla puntiaguda. Todo en ella podía ser comparado con una muñeca de porcelana. Su precioso pelo largo y rubio enmarcaba una tez perfecta y unos profundos ojos azules con largas pestañas. Su mirada, no obstante, era triste y

profundos surcos alrededor de sus ojos contrastaban con la felicidad aparente de su sonrisa. Alison sabía que la mujer por fin era feliz, pero nada ni nadie podría hacerle olvidar todo el dolor del pasado. Después de un rato Thomas apareció para proponerle volver a casa y Alison suspiró cansada feliz. Los dos hermanos se despidieron de forma afectuosa y Julia dio un casto beso en la mejilla de Thomas. Todos los hombres fueron a despedirse de ellos y Alison los trató con amabilidad y simpatía. Nunca se había imaginado que los bailes podían llegar a ser tan divertidos.

—Ha sido maravilloso. —dijo sujetándose la capa para entrar en el coche—. Nunca me había divertido tanto. Y además he aprendido mucho. Tus amigos son hombres curiosos.

—Has estado maravillosa. Los has tratado muy bien y te lo agradezco.

—No ha sido difícil. Son personas simpáticas y cultas. —Alison se masajeó las sienes mientras se recostaba contra la pared del coche.

—¿Estás bien?

—Sí, sólo un poco cansada. No estoy acostumbrada a acostarme a las cuatro de la mañana.

—Hoy dormiremos bien. Ha sido un día largo y fructífero, teniendo en cuenta que hemos encontrado las cartas y nos hemos librado de ellas.

—Así es. Todo sea por la seguridad de la nación. —Alison se miró el vestido que todos habían alabado y sonrió—. ¿Hoy no tenía todos los bailes reservados?

—Bueno, has bailado conmigo.

—No todos.

—No. Ellos son mis amigos y la mayoría de ellos están casados.

—¿Qué tal el reencuentro con Julia? —había estado pensando en eso desde que los había visto hablar mientras ella bailaba con uno de sus amigos. Inconscientemente lo había observado con intensidad desde el centro de la pista de baile.

—Mejor de lo que pensaba —dijo posando sus ojos en la oscuridad del exterior. —Me alegro de que Alan se haya disculpado con Julia y haya vendido la taberna. Creo que es feliz, además ella ha aceptado que él sea un espía y por lo tanto seguirá un tiempo más en activo.

—Sí, parece feliz. Me alegro de que se haya disculpado contigo. Estaba completamente equivocado, pero quizás tú le deberías haber dicho la verdad mucho antes.

—Es cierto, pero... no sé. Nunca reunía el valor necesario y cuando fue degenerando ante mis ojos tan rápidamente supe que ya no podía hacer nada. Y tú... ¿No te sientes un poco engañada por su actitud?

—No. Nunca llegó a ocupar un sitio importante en mi corazón. Lo que sentí al principio por él fue algo físico y superficial.

—Me alegra oír eso. —Alison se juntó más a él absorbiendo su calor. Los ojos se le iban cerrando poco a poco.

—Estás agotada, pero has aguantado más que ayer.

—Sí, ayer no me encontraba bien. ¿Cuándo es el teatro?

—Por la tarde y luego viajaremos a Sutherland, de noche.

—¿De noche?

—Sí. Ya he preparado a todos los hombres. Llevaremos escolta de todas las formas, pero los dos que quieren las cartas no esperan que regresemos hasta el lunes. Así pues, les daremos una sorpresa.

Cuando llegaron a casa, cada uno se dirigió hacia su propio cuarto. Los dos encontraban cansados, pero sobre todo Alison.

—Yo te ayudaré a quitarte el vestido. Anna está durmiendo con Albert —Alison lo miró sorprendida.

—¿Cómo lo sabes?

—Llevan haciéndolo desde que vinimos.

—Vaya, qué rapidez —Thomas sonrió.

Albert salió en aquel momento de la habitación vestido con el camisón y miró a la pareja.

—¿Todo bien?

—Sí, todo muy bien, Albert, puedes volver a la cama.

—¿Quiere que mande a Anna a ayudaros con el vestido?

—Yo lo haré, Albert —dijo Thomas —puedes acostarte.

—Así lo haré —dijo mirándolo con picardía.

—Sólo va a ayudarme con el vestido —aseguró Alison ruborizada después de haber visto el intercambio de miradas.

—Por supuesto, señora. Buenas noches.

—Buenas noches, amigo —dijo Thomas sonriendo.

Albert volvió a la caliente cama de Anna pensando en Alison. Aquella mujer era admirable. Probablemente la única dama que no trataba a sus sirvientes como seres inferiores. Sabía dar las gracias y pedir perdón cuando hacía falta y siempre los trataba con cortesía.

—¿En qué piensas? —preguntó Anna.

—En la señora.

—¿En Alison? —preguntó sorprendida. Él asintió.

—Es una mujer admirable. Estaba pensando que ella no ordena, pide, aunque sabe que se le debe obedecer y después da las gracias. ¿Qué señor o señora, excepto Thomas, claro, da las gracias a sus sirvientes? —Anna sonrió orgullosa.

—Para mí es como una amiga. Además, gracias a ella nos conocimos y soy ahora tan feliz.

—Anna... yo también. Quédate conmigo.

—Siempre.

—Cásate conmigo, mi bella y querida Anna. —La mujer sintió emocionada cómo se le humedecían los ojos.

—¿Lo crees prudente? Apenas nos conocemos —dijo intentando no crearse falsas esperanzas.

Albert entendió su miedo. Sabía que la mujer tenía razón, pero le aterraba la idea de enfrentarse a lo que le quedaba de vida sin ella. Habían estado pensando en eso durante unos días y estaba convencido de que Anna y él estaban hechos el uno para el otro. Dios, era perfecta. Todo lo que siempre había buscado en una mujer. Por fin, cuando ya casi había perdido toda esperanza había aparecido ella, con sus buenos modales y su sonrisa pícaro. Sonrió inconscientemente.

—Somos ya mayores y nos queremos. Ya nos iremos conociendo. He pasado toda mi vida esperando conocer a alguien como tú.

—Yo también Albert. Ya casi había perdido toda esperanza. Sí, claro que me casaré contigo.

Era ya la hora de desayunar cuando Anna entró en la habitación de su señora, toda excitada y feliz. Alison la vio y le pidió que se tranquilizara y se lo contara todo. Le tomó las manos y sonrió. Las mejillas de Anna estaban rojas como dos cerezas y los ojos húmedos brillaban de alegría.

—Quiere que me case con él. —Alison emitió un suave chillido y abrazó a su amiga.

—¡Qué gran noticia! Me alegro muchísimo.

Las muchachas lloraron y rieron de felicidad mientras saltaban y bailaban por el cuarto. Cómo les había cambiado la vida ahora que tenían a alguien con quien compartirla.

Casi a la vez, Albert se había acercado a Thomas, haciendo que éste último levantara la vista de su tostada.

—Amigo, tengo algo que contarte.

—Cuéntame, bribón. Por tu cara debe ser una buena noticia. —el mayordomo asintió incapaz de esconder su felicidad.

—Anna ha accedido a casarse conmigo —Thomas se levantó de un salto y lo abrazó con fuerza. —Quería pedirte algo. Me gustaría celebrar la boda en tu casa. Todos viviremos allí y bueno... me ha parecido la mejor opción.

—Por supuesto. —Thomas asintió. —Todo lo que haga falta. No te imaginas lo feliz que soy por ti. Al final, parece que todos hemos encontrado nuestro lugar, ¿no te parece? —Albert lo miró pensativo.

—Sí, así lo parece. —Thomas se metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó unos cuantos billetes.

—Venga, español. Coge a tu mujer y llévala de compras. —el mayordomo miró el dinero sin cogerlo.

—No puedo aceptarlo. —negó con la cabeza, —lo siento.

En aquel momento aparecieron Alison y Anna riendo. La primera felicitó efusivamente a Albert y el pobre mayordomo se sonrojó. No estaba acostumbrado a tantas muestras de cariño y le palmeó torpemente en la espalda mientras ella lo abrazaba.

—Mi señora —dijo el gigante pelirrojo refiriéndose a Anna —su futuro marido va a llevarla de compras. Me gustaría que aceptaran este dinero como regalo.

Anna miró a Albert insegura. Cuando el mayordomo asintió, tomó el dinero y empezó a pensar en voz alta todo lo que iba a comprar con él. Cuando la mujer se retiró sin parar de hablar, Thomas recordó a Albert que se hiciera cargo de las maletas. Alison ya se había sentado para desayunar justo al otro lado de la mesa y no pudo evitar sonreír al verla tan feliz.

—Es una buena noticia. Primero se casarán ellos y luego lo haremos nosotros. Nuestra boda va a ser un poco más complicada de preparar. Vendrá mucha gente y tendremos que escribir las invitaciones, hablar con el sacerdote, contratar algún sirviente más... ¿Cuándo te gustaría que nos casáramos, Alison? Lo tendré todo preparado para entonces.

—En verano. Me gustaría que fuera verano, así podríamos celebrarlo en los jardines. En cuanto llegue a casa, pediré a la modista que me vaya haciendo el vestido de novia. Un vestido así cuesta mucho dinero y se tarda bastante tiempo en hacerlo. —Alison lo miró preguntándose si le parecería bien. Ahora que se iba a casar se sentía insegura, porque había otra opinión que debía respetar. Thomas la miró como si supiera exactamente lo que estaba pensando. Había terminado de desayunar y apoyó la taza de café vacía sobre la mesa mientras clavaba sus ojos en la hermosa mujer que tenía en frente.

—Yo me haré cargo de todos los gastos.

—Como quieras, pero me gustaría seguir teniendo mi asignación semanal.

—Cariño, ahora no necesitas eso. Puedes comprar todo lo que desees. —Alison sonrió. —¿Por qué sonríes?

—Me gusta que me digas eso. —Thomas la miró. Había tantas cosas que habían cambiado en él desde que la conoció... Nunca antes le habría salido esa palabra con tanta naturalidad.

—Tenemos que ir al teatro, ¿lo recuerdas? —Alison se levantó sin ganas de la mesa y se dirigió a su cuarto.

Cuando entraron en el teatro, un hermoso edificio de piedra con gárgolas en las fachadas, los pasillos se encontraban atestados de gente. Thomas conocía a muchas de aquellas personas y saludó a todas antes de presentarles a su prometida. Alison se recordó que había ido allí precisamente a eso y aguantó de pie pacientemente a que empezara la obra y Thomas la llevara al

palco que había reservado. Si el teatro por fuera era bonito, por dentro era impresionante. Los pasillos estaban cubiertos por una alfombra larga del terciopelo rojo y las butacas y las sillas estaban tapizadas con telas doradas. Había sirvientes por todos los sitios, vestidos de forma impecable y las mujeres lucían sus mejores galas.

Thomas y Alison tomaron asiento en un palco vacío. Tal y como pudo comprobar la muchacha, el palco estaba lejos el escenario y hacían falta prismáticos para seguir la obra al detalle. Thomas sacó unos prismáticos pequeños y se los tendió a Alison, que los aceptó agradecida.

La obra resultó ser aburrida y cuando llegó el descanso Alison suspiró aliviada y salió al pasillo. Justo entonces, un hombre que no conocía le agarró del brazo y le empujó hacia fuera. Alison llamó a Thomas y lo vio salir del palco, pero entonces, su atacante echó a correr por los pasillos arrastrándola con él. Alison vio la cara de horror de Thomas y se acordó del puñal que llevaba sujeto con la liga. La gente iba saliendo de los palcos y se les quedaba mirando, pero nadie hacía nada y ella no podía gritar porque tenía la mano de su atacante sobre su boca. Thomas iba detrás, esquivando a las personas con mayor o menor éxito. Cuando llegaron a un cuarto desierto, Alison sacó su puñal y lo clavó con todas sus fuerzas en la pierna de su asaltante. Después siguió corriendo. Aquella parte del teatro no estaba iluminada y tenía que andar con cuidado para no tropezar. Intentó escuchar algún sonido por encima del ensordecedor ruido de su respiración acelerada, pero no logró oír nada. Tenía que encontrar una salida.

—¿Quién le ha hecho eso? —preguntó Thomas al hombre que luchaba por ponerse en pie con el puñal todavía en la pierna.

—La mujer. —Thomas sacó el puñal sin contemplaciones y el hombre gritó.

—¿Por dónde ha ido? —Nunca se había sentido tan furioso. Se había descuidado y ahora su mujer corría peligro. Lo zarandeó esperando una explicación.

—Por allí. Escuche, a mí me pagaron por preguntarle por unas cartas. Yo no sé nada.

—¿Quiénes eran?

—Un par de hombres. Estaban en la entrada del teatro. Me dijeron que debía llevarla a un lugar donde no hubiera nadie y preguntarle por las cartas.

—Está bien, —dijo Thomas echando a correr preocupado. Tenía que encontrarla. ¿Dónde podía estar?

Salió a la calle y sintió frío. Alison no había acogido su capa ni sus guantes y se encontraría helada. La obra de teatro ya había terminado y la gente estaba saliendo en busca de sus coches. ¿Dónde iría una mujer asustada? A un sitio conocido. Divisó su coche aparcado como otros muchos. Alison sabía dónde estaba aparcado, así que lo normal es que hubiera ido allí. Thomas se acercó al coche corriendo, pero cuando se encontraba a unos pocos metros una mano le agarró el abrigo desde atrás. Se volvió y vio al mensajero francés. Le amenazaba con una pistola a un metro escaso de distancia.

—¿Dónde está la mujer?

—Eso mismo quisiera saber yo. Un hombre la ha asustado y ha salido corriendo.

—Maldita sea. Ya sabía yo que no nos podíamos fiar de nadie.

—Dese la vuelta o lo mato. —Thomas obedeció lentamente y sintió un dolor agudo en la nuca antes de caer desplomado al suelo. Otro hombre apareció desde detrás y entre los dos lo metieron en un carruaje, ocultos por la noche.

Alison salió con el corazón en un puño de su escondite detrás de un árbol y corrió angustiada hacia el carruaje de Thomas. Primero lo seguiría y luego avisaría a Albert. Sí, ése era un buen plan, se dijo aterrada. Ordenó al cochero que siguiera con disimulo al carruaje que tenía delante. Sentía una angustia imposible de soportar recorriendo su cuerpo y su corazón bombeaba mucho

más rápido de lo normal. Esperaba estar haciendo lo correcto, pero ella sola no podía enfrentarse a aquellos hombres. Después de lo que a Alison le pareció una eternidad, pararon frente a una casa en un barrio de dudosa reputación a las afueras de la ciudad. Una vez supo dónde tenían retenido a Thomas, pidió al cochero que la llevara de vuelta a casa.

Cuando llegó a casa encontró a Albert con el equipaje preparado. El gigante moreno la miró preocupado.

—¿Y Thomas? —Alison le agarró de la camisa y dejó que un par de lágrimas cayeran por su rostro.

—Tienes que venir. Lo han secuestrado.

Alison le contó todo lo que sabía y Albert no perdió tiempo. Llamó a una docena de hombres y partieron hacia dónde Alison les había indicado.

—¿No puedo ir yo? —le preguntó preocupada en la calle. Todos los hombres estaban ya montados sobre sus caballos y algunos iban armados.

—No. Así podremos concentrarlos mejor en Thomas. En cuanto sepa algo te mandaré a alguien. Ve con Anna.

Alison volvió desolada a la casa. ¿Qué podía hacer? Era cierto que si iba con ellos probablemente molestaría, pero eso no le hacía sentir mejor. Nunca en su vida había tenido tanto miedo y además, en este caso no era por ella. Se sentó en el sofá y sintió un escalofrío. Se levantó y con movimientos mecánicos echó un leño al fuego. Anna entró en aquel momento con la caja de la labor y se sentó al lado de la muchacha coser un trozo de tela.

—Estaremos mejor juntas.

—Gracias —dijo Alison mirando cómo cosía. —Creo que yo también coseré. No podría leer aunque quisiera.

Las mujeres permanecieron en silencio sintiéndose acompañadas.

—¿Es aquí? —preguntó Albert al cochero. El hombre asintió. —Bien, sacad vuestras pistolas y estad preparados. Rodearemos la casa. Tiene cuatro ventanas. Vosotros entraréis por una de ellas cuando yo llame a la puerta.

Los hombres asintieron y siguieron al mayordomo envueltos por la oscuridad de la noche. No había ninguna ventana con luz y Albert rezó para que estuvieran los dos atacantes solos con Thomas. Se dijo que debía haber llamado a Alan, pero ya era tarde. ¿Qué excusa podía dar para llamar a aquellas horas? Ninguna. No era una buena idea llamar a la puerta, así que hizo un gesto a sus hombres para que entraran por las ventanas mientras él forzaba la puerta. El cochero los observó en silencio desde su posición en el coche y se arrebujó en su capa para protegerse del frío. Albert sacó un hierro que llevaba escondido debajo de la capa y se acercó a la puerta. La noche estaba fría y oscura y la casa parecía desierta, pero el hombre sabía que no podía fiarse de las apariencias.

Sintió su cuerpo y su mente preparados para la guerra. Ya no había marcha atrás. La adrenalina invadía sus músculos y su cerebro y la conciencia se retiró a la oscuridad más profunda de su ser. Ni siquiera podía sentir miedo. Había matado tantas veces que ya no temía el peligro. Apoyó su oído en la puerta y permaneció así durante unos minutos. Sabía por experiencia que cuando la vista no servía, el oído era el mejor de los sentidos y él había perfeccionado el suyo con años de entrenamiento. Escuchó pasos en el piso de arriba. Era el momento adecuado. Introdujo el hierro en la cerradura y la forzó sin hacer ningún ruido. Abrió la puerta y se internó en la oscuridad de la casa. Anduvo en el más absoluto de los silencios a través de un pasillo hasta llegar al salón. Un hombre dormía sobre un sofá, tapado por una raída manta. Albert lo reconoció como el mensajero francés que había estado en la taberna y maldijo porque pensó que tenían que haberlo eliminado

hacía mucho. Le apoyó el cuchillo sobre el cuello y le despertó. El hombre pareció desorientado en un principio, pero reaccionó en cuanto sintió el frío metal sobre su garganta. Justo entonces un alarido mortal rasgó el aire y el mensajero palideció. Se oían pasos andando sobre la madera del piso de arriba.

—¿Dónde está Thomas?

—Aquí estoy, amigo —dijo el gigante pelirrojo acercándose por detrás con las manos todavía atadas.

—¿Te has soltado tú sólo? —preguntó el español impresionado.

—Sí. Estaba en el sótano. No me ha costado nada deshacerme del muchacho que se creía mi guardián. ¿Quieres cortar las cuerdas? Me están matando.

Albert movió el cuchillo y cortó las cuerdas que aprisionaban las muñecas de su amigo, pero aquel breve movimiento sirvió para que el mensajero se escabullera. Thomas, ya libre, corrió tras él y se le enfrentó. No tenía ningún arma, pero no importaba. Lo mataría de todas formas por el sufrimiento que le había causado. El mensajero era bueno luchando, pero no tenía la agilidad y la experiencia de Thomas, quien lo derribó con un puñetazo certero en medio del cráneo. Se volvió para acercarse a Albert y a los hombres que empezaban a reunirse con él y escuchó un grito a su espalda. Cuando se dio la vuelta vio caer al mensajero francés con el cuchillo de Albert clavado en su frente y un pequeño puñal en su mano. El hombre cayó al suelo y su cuerpo emitió un ruido sordo con el choque.

—Gracias por venir, español —Thomas lo abrazó agradecido.

—Ha sido un placer, amigo.

—¿Qué ha pasado con el otro mensajero?

—¿Estaba aquí?

—Sí. Por lo menos ambos me trajeron y se quedaron. Discutieron durante un rato, pero no sé... —calló preocupado de repente —¿Hay alguien arriba?

—Tres hombres. Los tres muertos, señor.

—El resto de la casa está desierta. Lo hemos comprobado —añadió otro.

Thomas se precipitó escaleras arriba y comprobó lo que temía. El mensajero inglés no estaba en la casa. Albert lo siguió y enseguida comprendió su preocupación.

—¡Anna y Alison!

—¡Corre!

Los dos hombres salieron de la casa y se montaron en el coche después de ordenar a todos que volvieran para proteger a sus señoras y que se mantuvieran alerta. Se miraron preocupados. Nunca habían tenido tanto miedo. El cochero azuzaba a los caballos para que fueran más deprisa, pero nunca parecían llegar. Mientras tanto, Alison miró al hombre que encañonaba a su sirvienta desde la entrada. Obligándola a andar hacia atrás entró en la casa y cerró la puerta tras de sí. La mujer temblaba con violencia. Había cogido un puñal que le había dado Albert al oír que llamaban a la puerta y había ordenado a Anna que se ocultara detrás del sofá.

—¿Qué queréis? —preguntó Alison con una serenidad que no sentía realmente.

—Os quiero a vos, señora. Vos me diréis dónde están las malditas cartas o vuestra criada morirá —dijo el mensajero inglés. Era alto y delgado con el pelo moreno sucio y tenía un aspecto peligroso.

—Mi prometido vendrá enseguida y no le gustará veros aquí —amenazó Alison quedándose quieta frente a él.

—Señora, no lo creo. No llegarán a tiempo. Vinieron a hacernos una visita, pero decidí no ejercer de anfitrión.



—Por favor, suéltala. Puedes cogerme a mí. Ella no tiene la culpa de nada. —Anna no podía dejar de temblar mientras el hombre se lo pensaba hasta que finalmente la dejó irse. Se acercó a Alison mientras la encañonaba con el arma.

—¿Dónde están las car...? —el hombre no pudo terminar la pregunta. Cayó con los ojos abiertos como platos al suelo y apretó el gatillo sin saber dónde apuntaba.

Alison, que había visto a su jardinero con el machete, había obedecido su orden de que se agachara justo antes de lanzarlo contra el intruso. Ya en el suelo, escuchó el estruendo de la bala al golpear contra la pared. Si se hubiera quedado quieta en vez de agacharse, la bala habría cruzado su cuerpo.

El jardinero era un hombre delgado y alto con el rostro marcado por unas profundas cicatrices y el pelo demasiado largo. Se acercó al hombre tendido sobre el suelo y comprobó que no vivía. Después, se levantó lentamente y miró a las dos mujeres que lo observaban con una mezcla de admiración y temor. Con voz suave les pidió que se sentaran en el sofá donde no podrían ver el cuerpo.

No había pasado mucho tiempo cuando se abrió la puerta y entraron Thomas y Albert corriendo. Las mujeres se levantaron rápidamente y abrazaron a sus futuros maridos. Las dos hablaban a la vez y no se les podía entender. Entonces, Thomas se fijó en el cuerpo y pidió silencio.

—¿Qué ha ocurrido?

—Apuntaba a vuestra esposa y lo maté, señor. Estaba escondido tal y como usted me había dicho que hiciera.

Alison notó sorprendida que el jardinero hablaba con la cabeza agachada, como si fuera a recibir algún tipo de castigo, pero en vez de eso Thomas le agradeció lo que había hecho y quedó con él por la mañana. Le prometió que sería debidamente recompensado. El supuesto jardinero realizó una pequeña y torpe reverencia y salió del salón dejando a solas a las dos parejas.

Después de un par de tazas de té, recogieron sus equipajes y se pusieron rumbo a la que desde ese momento iba a ser su hogar. Viajaron de noche sintiéndose seguros y satisfechos de haber resuelto el problema de las cartas y el tema de conversación se centró casi exclusivamente en sus próximas bodas. Alison y Anna estuvieron horas hablando de los vestidos y de las flores, de la comida y de los invitados, de las invitaciones... Albert y Thomas llegaron a temer no llegar nunca. A pesar de que intentaron cambiar de conversación numerosas veces, al final decidieron callar y dormir durante la mayor parte del trayecto.

Cuando por fin llegaron, Thomas insistió en acompañar a Alison a su cuarto. Se encontraba nervioso como un niño y sonrió. Esperó a que Alison abriera la puerta y observó su reacción. No pudo quedar más complacido cuando la vio sonreír y llorar de alegría después de emitir un suave chillido de sorpresa. Había cumplido su promesa y le había preparado la habitación más bonita que pudiera existir. Los muebles eran blancos y dorados y sobre el tocador había un montón de objetos preciosos. Las paredes de la habitación eran blancas, pero el techo rosa aportaba un toque femenino sin que por ello dejara de ser una habitación de matrimonio.

—¿Te gusta? —Thomas le cogió de la mano.

—Nunca me acostumbraré a tu bondad y generosidad, mi amor.

—Mi amor... —Thomas repitió sus palabras y la llevó a la cama sintiéndose el hombre más afortunado del mundo.